

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

**PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO Á DOMICILIO.**

Tres meses.	8 reales.
Seis meses.	15 »
Un año.	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

**PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.**

Tres meses.	42 reales.
Seis meses.	21 »
Un año.	38 »



LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

PRIMERA PARTE.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por N. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

POR D. J. F. SAEZ DE URBACA.

(Continuacion.— Véase número 1.º)

—¡Vea V., caballero! vea V.! exclamó con un sollozo desgarrador, mi madre se muere!

—V. es quien la ha matado, contestó friamente el hacendero.

Rafael se volvió como si una serpiente le hubiese mordido; lanzó á su padre una mirada de singular espresion, y con los dientes apretados y la frente livida, le dijo:

—¡Máteme V., pues le juro, que, así como no ha tenido compasion para con mi madre ni conmigo, mas tarde no la tendré yo para con V.!

D. Ramon le dirigió una mirada de desprecio.

—Marchemos, dijo.

—Marchemos, repitió el muchacho con voz firme.

Doña Jesusita, que comenzaba á recobrar el sentido, vió como entre sueños la partida de su hijo.

—¡Rafael! Rafael! gritó con voz desgarradora.

—El jóven vaciló un instante, luego, de un salto, se precipitó hácia ella, la besó con delirante cariño, y reuniéndose en seguida con su padre, dijo:

—¡Ahora ya puedo morir! me he despedido de mi madre!

En seguida salieron.

Los circustantes, aterrados por aquella escena, se separaron sin atreverse á comunicarse unos á otros sus impresiones, pero experimentando un dolor profundo.

Al sentir las caricias de su hijo, la pobre madre habia vuelto á perder el sentido.

IV.

LA MADRE.

Dos caballos que Eusebio tenia del diestro aguardaban en la puerta de la hacienda.

—¿Acompañaré á VV.? preguntó el mayoral.

—No, contestó secamente el hacendero.

Montó á caballo y colocó á su hijo atravesado delante de sí sobre el arzon.

—Retire V. ese otro caballo, dijo, que no le necesito.

Y clavando las espuelas á su corcel, que relinchó de dolor, partió á escape tendido.

El mayoral volvió á entrar en la granja, meneando la cabeza con triste espresion.

Tan luego como la hacienda hubo desaparecido detrás de un accidente del terreno, D. Ramon se detuvo, sacó un pañuelo de seda del bolsillo, vendó los ojos á su hijo sin pronunciar una palabra, y prosiguió su marcha.

Esta carrera duró mucho tiempo en el desierto; tenia cierto aspecto lúgubre que hacia estremecer el alma.

Aquel ginete vestido de negro, deslizándose silenciosamente por los arenales, llevando en el arzon de su silla un muchacho atado, cuyos estremecimientos nerviosos eran lo único que revelaba su existencia, tenia un aspecto fatal y singular que habria infundido terror al hombre mas valiente.

Pasáronse muchas horas sin que mediase una sola palabra entre el padre y el hijo; el sol comenzaba á bajar en el horizonte, algunas estrellas brillaban ya en el fondo azul del firmamento, y el caballo seguia corriendo.

El desierto iba tomando por momentos una apariencia mas triste y mas salvaje; todo rastro de vegetacion habia desaparecido; solo en ciertos puntos algunos montones de huesos blanqueados por la accion del tiempo, salpicaban la arena con manchas lividas; las aves de rapiña revoloteaban lentamente por encima del ginete lanzando roncós graznidos, y en las misteriosas profundidades de los chaparrales, las fieras, al acercarse la noche, preludiaban con sordos ruidos sus lúgubres conciertos.

En aquellas regiones no existe el crepúsculo; tan luego como desaparece el sol es ya enteramente de noche.

D. Ramon seguia galopando.

Su hijo no le habia dirigido un ruego; no habia proferido una queja.

Por último, hácia las ocho de la noche se detuvo el ginete. Hacia diez horas que duraba aquella carrera fantástica. El caballo resollaba dificultosamente y tropezaba á cada paso.

D. Ramon dirigió una mirada en torno suyo, y una sonrisa de satisfaccion arqueó sus labios.

Por todos lados estendia el desierto sus inmensas llanuras de arena; solo en un punto se destacaba sobre el horizonte la estravagante silueta de una selva virgen que contrastaba de un modo siniestro con el conjunto del paisaje.

D. Ramon echó pié á tierra, colocó á su hijo sobre la arena y quitó el freno á su caballo á fin de que pudiese comer el pienso que le dió; luego, cuando hubo ejecutado con la mayor sangre fria estas operaciones diferentes, se acercó á su hijo y le quitó la venda que cubria sus ojos.

El muchacho permaneció inmóvil, fijando en su padre una mirada impasible y fria.

—Caballero, le dijo D. Ramon con voz seca y breve, está V. aqui á mas de veinte leguas de mi hacienda, en la cual no ha de volver á poner los piés bajo pena de muerte. Desde este mismo instante está V. solo en el mundo, sin tener padre, madre, ni familia; puesto que es V. una fiera, le condono á vivir con sus iguales; mi resolucio es irrevocable; sus ruegos no podrian alterarla, y por lo tanto, ahórreme V. el trabajo de escucharlas.

—No dirijo á V. ruego alguno, que al verdugo no se le suplica, contestó el muchacho con sordo acento.

D. Ramon se estremeció; se paseó durante un momento con febril agitacion; pero reponiéndose casi al momento, prosiguió diciendo:

—En este saco hay viveres para dos dias; dejo á V. esta carabina rayada que en mi mano nunca ha errado el tiro; le doy tambien estas pistolas, este machete, este puñal, esta hacha, pólvora y balas en estos cuernos de búfalo; en el saco de las provisiones encontrará V. eslabon, pedernal y todo lo necesario para encender lumbre; tambien he añadido una Biblia perteneciente á la madre de V. Está V. muerto para la sociedad, en la cual no ha de volver á ingresar; tiene V. delante de sí el desierto, y le pertenece; en cuanto á mí, ya no tengo hijo, ¡adiós! El Señor conceda á V. su misericordia; todo ha concluido entre nosotros sobre la tierra; queda V. solo y sin familia, y á V. corresponde ahora comenzar una segunda existencia y proveer á sus necesidades. La Providencia nunca abandona á los que en ella ponen su confianza; en lo sucesivo, ¡solo ella velará por V.!

Después de haber pronunciado estas palabras, D. Ramon, con el rostro impasible, volvió á poner el freno á su caballo, restituyó la libertad á su hijo, cortando de un solo golpe las ligaduras que le sujetaban, y volviendo á montar partió á galope.

Rafael se levantó hasta quedar de rodillas, inclinó la cabeza hácia adelante, escuchó con ansiedad el galope precipitado del caballo sobre la arena, siguió con la vista, mientras le fué posible, la sombra fatal que se destacaba en negro sobre los rayos de la luna; luego, cuando el ginete se hubo confundido, por fin, con las tinieblas, el niño se llevó la mano al pecho, una espresion de desesperacion, imposible de describir, crispó todas sus facciones y exclamó:

—¡Madre mia!... madre mia!...

Y cayó de espaldas sobre la arena.

Estaba desmayado.

D. Ramon, después de haber galopado durante algun tiempo, disminuyó insensiblemente, y como á pesar suyo, la rapidez de su caballo, prestando atento oído á los rumores vagos del desierto, escuchando con ansiedad, sin poder definir él mismo á punto fijo las razones que le hacian obrar así; pero aguardando, quizás, que su desgraciado hijo le llamase para regresar á su lado. Dos veces llegó al extremo de refrenar á su caballo

maquinalmente, como si obedeciese á una voz secreta que le mandase retroceder; pero siempre prevaleció el orgullo feroz de su raza, y continuó caminando hácia adelante.

Salía el sol en el momento en que D. Ramon llegaba á la hacienda.

Dos personas aguardaban su regreso, colocadas de pié una en cada lado de la puerta.

Una era Doña Jesusita, otra el mayoral.

Al ver á su mujer, pálida y muda, que se mantenía delante de él como la estátua de la desolacion, el hacendero sintió que una tristeza indecible le oprimia el corazon; quiso pasar adelante; pero Doña Jesusita adelantó dos pasos, cogió la brida del caballo, y dijo llena de angustia:

—D. Ramon, ¿qué ha hecho V. de mi hijo?

El hacendero no contestó; al ver el dolor de su mujer, un remordimiento penetró profundamente en su pecho, y se preguntó á sí mismo si en realidad tenía derecho para obrar como lo habia hecho.

Doña Jesusita aguardaba en vano una respuesta. D. Ramon miraba á su mujer; tenia miedo al ver los surcos indelebles que el pesar habia abierto en aquel semblante tan sereno y tan tranquilo pocas horas antes.

La noble mujer estaba livida; sus facciones tenían una rigidez extraordinaria; sus ojos tenían un brillo febril, estaban encarnados y secos, y dos líneas negras y profundas les hacian aparecer mas hundidos y estraviados; una mancha estensa se veia en su mejilla, como una huella de lágrimas cuyo manantial se habia agotado; ya no podia llorar; su voz era ronca y entrecortada; su pecho oprimido, se alzaba dolorosamente para dar salida á una respiracion anhelosa.

Después de haber aguardado, durante algunos segundos, á que contestase á su pregunta, repuso:

—D. Ramon, ¿qué ha hecho V. de mi hijo?

El hacendero volvió la cabeza á un lado con espresion de embarazo.

—¡Oh! le ha muerto V. exclamó su mujer con un grito desgarrador.

—¡No!... contestó él, aterrado por aquel dolor, y obligado, por primera vez en su vida, á reconocer el poder de una madre que pide cuenta de su hijo.

—¿Qué ha hecho V. de él? repuso Doña Jesusita insistiendo.

—Mas tarde, dijo D. Ramon, cuando esté V. mas tranquila, lo sabrá todo.

—Estoy tranquila; ¿á qué fingir una compasion que no siente V.? ¡Mi hijo ha muerto, y V. ha sido quien le ha privado de la vida!

D. Ramon se apeó del caballo.

—Jesusita, dijo á su mujer tomándola ambas manos y mirándola con ternura: te juro por lo mas sagrado que hay en el mundo, que tu hijo existe; no he tocado á un solo cabello suyo.

La pobre madre quedó pensativa durante algunos instantes.

—Te creo, dijo al cabo de un momento: ¿qué ha sido de él?

—¡Pues bien! repuso D. Ramon con cierta vacilacion; puesto que nada quieres ignorar, ábete que si he abandonado á tu hijo en el desierto.... ha sido dejándole los medios de proveer á sus necesidades y de atender á su seguridad.

Doña Jesusita se estremeció; un temblor nervioso recorrió todo su cuerpo.

—Ha sido V. clemente, dijo con voz incisiva y con una ironía amarga; ha sido V. clemente para con un niño de diez y seis años, D. Ramon; le repugnaba á V. empaparse las manos en su sangre, y ha preferido dejar ese cuidado á las fieras y á los feroces Indios, únicos pobladores de aquellas soledades.

—¡Era culpable! contestó el hacendero con voz baja, pero firme.

—Un niño nunca es culpable para aquella que le ha llevado en sus entrañas y que le ha criado con su pecho, dijo la madre con energia: muy bien, D. Ramon; ha condenado V. á su hijo, yo le salvaré.

PRIMERA PARTE.

EL CORAZON LEAL.

I.

LA PRADERA.

Al Oeste de los Estados Unidos, á algunos centenares de millas allende el Misipi, se estiende un territorio inmenso, desconocido hasta el dia, compuesto de terrenos incultos, en el cual no se alza ni la casa del blanco, ni el *hato* del indio.

Aquel desierto estenso, salpicado de bosques sombríos con senderos misteriosos, trazados por el paso de las fieras, y de verdes praderas con yerbas altas y espesas, que describen graciosas ondulaciones á impulsos de la mas leve ráfaga de viento, está regado por caudalosos rios, de los que los principales son: el *Canadense*, el *Arkansas* y el *Rio Colorado*.

Por aquellas tierras de tan espléndida vegetacion vagan innumerables rebaños de caballos salvajes, de búfalos, de alces, y de esos miles de animales á los que la civilizacion de las demás partes de América va acorralando de dia en dia, y que en aquellos parajes encuentran de nuevo su primitiva libertad.

Por eso las tribus indias mas poderosas han establecido en aquella comarca sus territorios de caza.

Los *Delawares*, los *Cricks* y los *Osages* recorren las fronteras del desierto en las inmediaciones de los establecimientos de los americanos, con los cuales comienzan á unirles algunos vínculos débiles de civilizacion, luchando contra las hordas de los *Pawnees*, de los *Pies-Negros*, de los *Asiniboes* y de los *Comanches*, tribus indomables, nómadas de las praderas, ó que habitan en las montañas, que recorren en todas direcciones aquel desierto, cuya propiedad ninguna de ellas se atreve á arrogarse; pero que van asolando mancomunadamente, reuniéndose en gran numero para verificar cacerías, como si se tratase de hacer la guerra.

En efecto, los enemigos que cualquiera se espone a encontrar en aquel desierto son de todas clases: sin mencionar las fieras, hay además los cazadores, los tramperos y los partidarios, que no son menos temibles para los Indios que sus mismos compatriotas.

Por eso la pradera, teatro siniestro de combates incesantes y terribles, solo es, en realidad, un vasto osario en el que, en cada año, en una guerra de emboscadas y sin tregua, van á sepultarse oscuramente millares de hombres intrépidos.

Nada hay mas magestuoso ni mas grandioso que el aspecto de aquellas praderas en las que la Providencia ha derramado con mano pródiga riquezas innumerables; nada hay mas seductor que aquellas verdes campiñas, aquellas selvas frondosas, aquellos anchos rios; el murmullo melancólico de las aguas sobre los guijarros de las orillas, el canto de los millares de pájaros ocultos en la enramada, los saltos de los animales que juegan entre la crecida yerba; todo encanta, todo atrae y arrastra al viajero fascinado, quien, convirtiéndose muy luego en victima de su entusiasmo, caerá en una de esas trampas ó lazos sin nombre tendidos bajo sus pies, entre las flores, y pagará con la vida su imprudente credulidad.

Hacia fines del año 1837, en los últimos dias del mes de setiembre, denominado por los indios *luna de las hojas caidas*, — *Inaqui Quisis*, — un hombre joven todavía, y en el que por el color de su tez, ya que no por su traje, en un todo semejante al de los Indios, era fácil conocer á un blanco, se hallaba sentado, una hora próximamente antes de la puesta del sol, junto á una hoguera, cuya necesidad comenzaba á hacerse sentir en aquella época del año, en uno de los sitios mas ignorados de la pradera que acabamos de describir.

Aquel hombre tenia de 35 á 36 años cuando más, aunque algunas arrugas profundas que se veian en su ancha frente, de una blancura mate, parecia que indicaban una edad mas avanzada.

Las facciones de su rostro eran hermosas, nobles, y mostraban impresas esa altivez y esa energía que da la vida salvaje. Sus ojos negros, sombreados por pobladas cejas, tenían una espresion dulce y melancólica que templaba su brillo y su viveza; la parte inferior de su rostro desaparecia bajo una barba larga y espesa, cuyo reflejo azulado contrastaba con la singular palidez que cubria su semblante.

Su cuerpo era esbelto, de elevada estatura, y admirablemente proporcionado; sus miembros nerviosos, bajo los cuales resaltaban los músculos de estremada rigidez, mostraban que se hallaba dotado de un vigor poco comun. Por último, toda su persona inspiraba esa simpatía respetuosa que las naturalezas privilegiadas se atraen con mas facilidad en aquellas comarcas que en nuestros países, en donde la apariencia física solo es, por lo general, patrimonio de los seres brutos.

Su traje, de estremada sencillez, se componia de un *mitase*, especie de calzon angosto que caia hasta los tobillos, atado encima de las caderas por un cinto de cuero, y de una blusa de percal, de caza, bordada con cordoncillos de lana de diferentes colores, que le bajaba hasta media pierna. Aquella blusa, abierta por delante, dejaba ver su pecho tostado, sobre el cual colgaba un escapulario de terciopelo negro sujeto por una cadena delgada de acero. Unos botines de piel de gamo sin curtir le guarecian de las mordeduras de los reptiles, y le subian hasta mas arriba de la rodilla; por último, un gorro de piel de castor, cuya piel le caia por detrás, cubria su cabeza y dejaba escapar largos rizos de una cabellera negra espléndida, mezclada con algunos hilos de plata, que se extendian por sus anchas espaldas.

Aquel hombre era un cazador.

Una carabina magnífica, de cañon rayado, colocada cerca de él al alcance de su mano, el morral que llevaba colgado de una bandolera, y los dos cuernos de búfalo pendientes de su cinto y llenos de pólvora y de balas, no dejaban duda alguna. Dos pistolas largas, de dos cañones, estaban tiradas como al descuido junto á su carabina.

El cazador, armado con ese cuchillo largo denominado *machete*, especie de sable de hoja corta y recta que nunca abandonan los habitantes de las praderas, se hallaba ocupado en desollar concienzudamente un castor, al paso que vigilaba con esmero un pernil de gamo que se estaba asando al fuego, colgado de una cuerda, y prestaba atento oido á los rumores mas leves que sonaban en la pradera.

El sitio en que se hallaba aquel hombre estaba admirablemente elegido para hacer un alto de algunas horas.

Era un claro situado en la cumbre de una colina bastante elevada, que por su posicion dominaba la pradera é impedia una sorpresa. Un manantial nacia á algunos pasos del sitio en que el cazador habia establecido su vivac, y sus aguas bajaban á la llanura formando una cascada caprichosa. La yerba alta y abundante ofrecia un pasto excelente á dos caballos magníficos, de ojo salvaje y brillante, trabados de las patas delanteras, que comian su pienso á corta distancia de allí. De la hoguera, encendida con leña seca, y abrigada por tres lados con trozos de roca, solo se escapaba una columna de humo delgada é imperceptible á la distancia de diez pasos, y una especie de cortina de árboles seculares ocultaba el campamento á las miradas indiscretas de los que probablemente se hallaban emboscados en las inmediaciones.

En fin, todas las precauciones necesarias para la seguridad del cazador se habian adoptado con esa prudencia que anuncia un conocimiento profundo de la vida de los que andan corriendo los bosques.

Los destellos rojizos del poniente tenían con reflejos preciosos las copas de los corpulentos árboles, y el disco del sol se hallaba próximo á desaparecer detrás de las montañas que cerraban el horizonte, cuando los caballos dejaron súbitamente de comer, alzaron la cabeza y ende-

—¿Qué quieres hacer? preguntó el hacendero, asustado por la resolucion que vió brillar en la mirada de su mujer.

—¿Qué le importa á V., D. Ramon? ¡Cumpliré mi deber como V. ha creido cumplir el suyo! Dios nos juzgará respectivamente. ¡Tiemble V. que le pida cuenta algun dia de la sangre de su hijo!....

D. Ramon inclinó la cabeza bajo aquel anatema: con la frente pálida y el alma llena de crueles remordimientos, entró lentamente en la hacienda.

Doña Jesusita le siguió un momento con la vista.

—¡Oh! Dios mio! exclamó, ¡haced que llegue á tiempo!

Entonces salió, seguida de Eusebio.

Dos caballos les aguardaban, ocultos detrás de un grupo de árboles. Montaron ambos en seguida.

—¿A dónde vamos, señora? preguntó el mayoral.

—¡A buscar á mi hijo! contestó ella con voz fuerte.

Doña Jesusita pareció hallarse trasfigurada por la esperanza. Un color encendido tenía sus mejillas; sus ojos negros chispeaban.

Eusebio desató cuatro sabuesos magníficos, denominados *rastreros* en el país; les dió á oler una camisa perteneciente á Rafael; los sabuesos se lanzaron á la senda dando fuertes ladridos; Eusebio y Doña Jesusita se precipitaron en seguimiento suyo, cambiando una mirada de suprema esperanza.

A los perros no les costó trabajo encontrar el rastro; era recto, y no habia motivo alguno de vacilacion; por eso no se detuvieron un solo instante.

Cuando Doña Jesusita llegó al sitio en que Rafael habia sido abandonado por su padre, ¡el sitio estaba vacío!... ¡El muchacho habia desaparecido!

Las señales de su permanencia allí eran visibles. Una hoguera acababa de apagarse. Todo indicaba que Rafael habia abandonado aquel sitio una hora antes, cuando mas.

—¿Qué hacemos? preguntó Eusebio con ansiedad.

—¡Seguir adelante! contestó resueltamente Doña Jesusita, clavando las espuelas en el vientre de su caballo, que lanzó un relincho de furor y volvió á emprender su frenética carrera.

Eusebio la siguió.

En la tarde de aquel mismo dia, reinaba la mayor consternacion en la hacienda del Milagro.

Doña Jesusita y Eusebio no habian regresado.

D. Ramon hizo que toda su gente montase á caballo.

Los peones y los vaqueros, provistos de teas encendidas, comenzaron una batida inmensa para buscar á su ama y al mayoral.

La noche entera pasó sin producir resultado alguno satisfactorio.

Al amanecer, encontraron al caballo de Doña Jesusita, medio devorado, en el desierto. Le faltaban la montura y la brida.

El terreno inmediato al cadáver del caballo, parecia haber sido teatro de una lucha encarnizada.

D. Ramon, desesperado, dió la orden para regresar á la hacienda.

—¡Dios mio! exclamó al entrar en su casa, ¿comienza ya mi castigo?

Trascurrieron semanas, meses y años, sin que nada fuese á alzar una punta del velo misterioso que cubria aquellos acontecimientos siniestros, y no obstante las pesquisas mas activas, nada pudo saberse acerca de la suerte de Rafael, de su madre y de Eusebio.

FIN DEL PRÓLOGO.

rezaron las orejas, señales evidentes de inquietud, que no pasaron desapercibidas para el cazador.

Cuando ya no se oyó ruido alguno sospechoso, y todo pareció estar tranquilo en las inmediaciones, se apresuró á colocar delante del fuego la piel del castor, puesta sobre dos palos en cruz, y sin levantarse, estendió la mano hácia su carabina.

Oyóse entonces el grito de la urraca, repetido por tres veces consecutivas, con intervalos desiguales.

El cazador volvió á colocar tranquilamente su carabina al lado suyo, con una sonrisa, y comenzó de nuevo á vigilar su cena; casi en el mismo instante se agitó la yerba con violencia, y dos sabuesos magníficos fueron saltando á echarse junto al cazador, que los acarició un instante, y después le costó algún trabajo desembarazarse de sus halagos.

Los caballos habían vuelto á comer su interrumpido pienso.

Los perros solo precedían breves instantes á otro cazador que apareció casi al momento en la esplanada.

Este nuevo personaje, mucho mas jóven que el primero, pues solo parecía tener unos veinte y dos años, era un hombre alto, delgado, ágil, de formas nerviosas, de cabeza algo redonda, animada por dos ojillos grises que chispeaban de inteligencia, y dotado de una fisonomía franca y leal, á la que daban cierta expresión infantil, unos cabellos largos de un color rubio ceniciento.

Iba vestido con el mismo traje que su compañero, y al llegar, echó junto al fuego una sarta de pájaros que llevaba al hombro.

Entonces, los dos cazadores sin hablar una palabra, se dedicaron á preparar una de esas cenas que un ejercicio prolongado tiene el privilegio de hacer que parezcan excelentes.

Había anochecido por completo; el desierto iba despertándose gradualmente; resonaban ya en la pradera los aullidos de las fieras.

Los cazadores, después de haber cenado con buen apetito, encendieron sus pipas, y colocándose de espaldas al fuego, con el fin de que el resplandor de la llama no les impidiese distinguir la aproximación de los individuos sospechosos que podían abrigar la intención de aprovechar la oscuridad, fumaron con esa beatitud propia de hombres que, después de un día largo y penoso, saborean un momento de descanso que acaso no volverán á encontrar en mucho tiempo.

—¿Qué hay? dijo lacónicamente el primer cazador entre dos bocanadas de humo?

—Tenía V. razón, contestó el otro.

—¡Ah!

—Sí, hemos oblicuado mucho á la derecha; lo cual nos ha hecho perder la pista.

—Estaba seguro de ello, repuso el primero: mire V., *Buenhumor*, fian VV. demasiado en sus costumbres canadienses: los Indios con quienes tenemos que habérselas, en nada se parecen á los Iroqueses que recorren el territorio de caza del país de V.

Buenhumor inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Por lo demás, repuso el otro, esto es de escasa importancia en los momentos presentes; lo urgente es saber quiénes son nuestros ladrones.

—Lo sé.

—¡Bueno! dijo el otro quitándose vivamente la pipa de la boca; ¿y quiénes son los Indios que se han atrevido á robar trampas señaladas con mi cifra?

—Los Comanches.

—¡Lo sospechaba, vive Dios! ¡Diez trampas nuestras, de las mejores, robadas durante la noche! ¡Le juro á V., *Buenhumor*, que lo pagarán muy caro!... ¿Y dónde están los Comanches en este momento?

—A tres leguas de nosotros, cuando mas: es una partida de bandidos, compuesta de unos doce hombres; según la dirección que llevan, regresan á sus montañas.

—No llegarán todos á ellas, dijo el cazador dirigiendo una mirada á su carabina.

—¡Pardiez! añadió *Buenhumor* con una carcajada; no llevarán mas que su merecido; fio en V., *Corazon Leal*, para castigarlos por su calaverada. Pero mas decidido se hallará V. aun á vengarse de ellos, cuando sepa por quién van mandados.

—¡Ah! según eso, ¿conozco á su jefe?

—Un poco, dijo *Buenhumor* sonriendo; es *Nehuqutah*.

—¡La Cabeza de Aguila! exclamó *Corazon Leal*, dando un salto. ¡Oh! oh! si que le conozco, y quiera Dios que esta vez pueda yo ajustar la antigua cuenta que tengo con él. Hace ya mucho tiempo que sus *Mocksens* frecuentan los mismos senderos que yo, y me cierran el paso.

Después de haber pronunciado estas palabras con un acento de odio que hizo estremecer á *Buenhumor*, el cazador, arrepentido de haber mostrado la cólera que le dominaba, volvió á coger su pipa, y continuó fumando con una indiferencia fingida que no logró engañar á su compañero.

La conversacion quedó interrumpida.

Los dos cazadores parecían hallarse absortos en profundas reflexiones, y fumaban silenciosamente al lado uno de otro.

Al fin, *Buenhumor* se volvió hácia su compañero y le preguntó:

—¿Velaré yo?

—No, contestó en voz baja *Corazon Leal*, *duerma V.*, que yo haré centinela por los dos.

Buenhumor, sin hacer la mas leve observacion, se echó junto al fuego, y algunos minutos después dormía profundamente.

Cuando se oyó el canto matutino del buho, que parece que saluda la aproximación del sol, *Corazon Leal*, que durante toda la noche había permanecido inmóvil como una estatua de mármol, despertó á su compañero.

—Ya es hora, dijo.

—¡Bien! contestó *Buenhumor*, quien se levantó en seguida.

Los cazadores ensillaron sus caballos, bajaron de la colina con precaucion y siguieron la pista de los Comanches.

En aquel momento apareció el sol radiante en el horizonte, disipando la tinieblas é iluminando la pradera con su luz magnífica y vivificadora.

II.

LOS CAZADORES.

Digamos ahora dos palabras acerca de los personajes á quienes acabamos de poner en escena, y que están llamados á representar un papel importante en esta historia.

Corazon Leal, que solo bajo este nombre se conocia al cazador en todas las praderas del Oeste, disfrutaba una nombradía inmensa de destreza, de lealtad y de valor entre las tribus indias, con las cuales le habían puesto en contacto los azares de su vida aventurera. Todas le respetaban.

Los cazadores y los tramperos blancos, españoles, norte-americanos y mestizos, hacían gran caso de su experiencia en los bosques y selvas, y recurrían con frecuencia á sus consejos.

Los mismos piratas de las praderas, gente de mala ralea, que son la hez de la civilización y solo viven de rapiñas y exacciones, no se atrevían á atacarle y huían cuanto podían de encontrarse con él.

Así, aquel hombre, solo por la fuerza de su inteligencia y de su voluntad, había llegado á crearse, casi sin él saberlo, un poder aceptado y reconocido por los feroces habitantes de aquellos desiertos inmensos; poder de que solo hacía uso en beneficio del interés común, y para facilitar á todos los medios de consagrarse con entera seguridad á las ocupaciones que habían adoptado.

Nadie sabia quien era *Corazon Leal*, ni de donde procedía; el mayor misterio encubría sus primeros años.

Un día, hacia como quince ó veinte años, y era entonces muy jóven, unos cazadores le encontraron en las orillas del Arkansas ocupado en colocar trampas para coger castores. Las pocas preguntas que le hicieron acerca de su vida pa-

sada quedaron sin respuesta; los cazadores, hombres de suyo poco habladores, creyendo sospechar por las palabras vagas y las reticencias del jóven que tenía algun secreto que deseaba guardar, tuvieron escrúpulos; nada volvieron á preguntarle, y no hubo mas.

Sin embargo, al contrario de lo que hacen los demás cazadores, ó tramperos de las praderas, que todos tienen uno ó dos compañeros con quienes se asocian y de los que nunca se separan, *Corazon Leal* vivía solo, sin tener habitación fija, recorría en todas direcciones el desierto, sin plantar su tienda en parte alguna.

Sombrio y melancólico siempre, huía de la sociedad de sus semejantes, aunque hallándose dispuesto, siempre que se presentaba ocasión oportuna, á prestarles algun servicio y aun á esponer su vida por ellos. Luego, cuando querían mostrarle gratitud, clavaba las espuelas á su caballo é iba á tender sus trampas muy lejos, con el fin de dar tiempo suficiente á aquellos á quienes había servido, para que olvidasen el favor recibido.

Todos los años, en la misma época, es decir, hácia el mes de octubre, *Corazon Leal* desaparecía durante semanas enteras sin que se pudiese sospechar á donde iba; luego, cuando volvía á presentarse, durante varios días estaba su semblante mas sombrío y mas triste.

Un día había vuelto de una de aquellas expediciones misteriosas acompañado de dos sabuesos magníficos y muy jóvenes, que desde entonces vivieron con él y parecía que le querían mucho.

Cinco años antes de la época en que volvemos á continuar esta narración, al volver una tarde de colocar sus trampas para la noche, distinguió de pronto por entre los árboles las hogueras de un campamento indio.

Un hombre blanco, que apenas contaba diez y siete años de edad, atado á un poste, servía de blanco á los cuchillos de los Pielas Encarnadas, quienes se entretenían en martirizarle antes de sacrificarle á su rabia sanguinaria.

Corazon Leal, escuchando tan solo á la compasión que le inspiraba la víctima, y sin reflexionar acerca del peligro terrible á que se esponía, se precipitó valerosamente en medio de los Indios, y fue á colocarse delante del prisionero, haciéndole un escudo con su cuerpo.

Aquellos Indios eran Comanches: aturridos por tan súbita irrupción, que estaban muy lejos de esperar, permanecieron algunos instantes inmóviles, confundidos por tanta audacia.

Corazon Leal, sin perder un instante, cortó las ligaduras del prisionero, y dándole su cuchillo que el infeliz recibió con alegría, se prepararon ambos á vender muy cara su vida.

Los Blancos inspiran á los Indios un terror instintivo invencible. Sin embargo, los Comanches, recobrados de su sorpresa, hicieron un gesto para precipitarse hacia adelante y atacar á los dos hombres que parecía que los estaban desafiando.

Pero el resplandor del fuego que daba de lleno en el rostro del cazador permitió que se le conociese.

Los Comanches retrocedieron con respeto, murmurando entre ellos:

—¡*Corazon Leal*! el gran cazador pálido.

Cabeza de Aguila, que así se llamaba el jefe de los Indios, no conocía al cazador; era la primera vez que bajaba á las praderas del Arkansas y nada había comprendido de la exclamación de sus guerreros. Además aborrecía mortalmente á los blancos, y había jurado hacerles una guerra de esterminio. Indignado con lo que consideraba como una cobardía por parte de aquellos á quienes mandaba, habiase adelantado él solo contra *Corazon Leal*; pero entonces pasó una cosa singular.

Los Comanches se precipitaron sobre su jefe, y no obstante el respeto que le profesaban, le desarmaron para que no pudiese maltratar al cazador.

Corazon Leal, después de haberles dado gracias, restituyó por sí mismo al jefe las armas que le habían quitado, y que este recibió lanzando una mirada siniestra á su generoso adversario.

El cazador se encogió de hombros con desden; considerándose feliz con haber salvado la vida a un hombre, se retiró con el prisionero.

En menos de diez minutos acababa Corazon Leal de granjearse un enemigo implacable y un amigo adicto.

La historia del prisionero era muy sencilla.

Habiendo partido del Canadá con su padre para ir á cazar en las praderas, cayeron ambos en manos de los Comanches; despues de una resistencia desesperada, su padre, cubierto de heridas, tardó muy poco en sucumbir; los Indios, sintiendo aquella muerte que les arrebatava una victima, prodigaron al jóven los mayores cuidados á fin de que pudiese figurar de una manera conveniente en el poste del suplicio, lo cual habria sucedido inevitablemente á no ser por la intervencion providencial de Corazon Leal.

El cazador, despues de haber obtenido estos datos, preguntó al jóven cuáles eran sus intenciones, y si el rudó aprendizaje que acababa de hacer del oficio de habitante de los bosques no le habia disgustado de la vida de aventurero.

—No por cierto, todo lo contrario, contestó el otro, me encuentro mas decidido que nunca á seguir esa vida, y luego añadió, quiero vengar á mi padre.

—Es muy justo, replicó el cazador.

La conversacion quedó en esto.

Corazon Leal condujo al jóven á una de sus *cachas*, especie de almacenes abiertos en la tierra y en los que los tramperos conservan sus riquezas; sacó de allí un equipo completo de trampero, escopeta, cuchillo, pistolas, morrales y trampas, y despues de haber entregado á su protegido estos objetos diferentes, le dijo sencillamente:

—¡Vaya V. con Dios, y él le proteja!

El otro le miró sin responder; era evidente que no le comprendia.

Corazon Leal se sonrió.

—Es V. libre, repuso; ahí están los objetos necesarios para su nuevo oficio; se los regalo; tiene V. la pradera delante de sí: ¡buena fortuna!

El jóven movió á uno y otro lado la cabeza, y dijo:

—No, no me separaré de V., á no ser que me eche de su lado; soy solo, no tengo familia ni amigos, me ha salvado V. la vida y le pertenezco por entero.

—No acepto el pago de los favores que hago, dijo el cazador.

—Los hace V. pagar demasiado caros, contestó el otro con viveza; puesto que no acepta V. la gratitud, guárdese, pues, sus regalos, que me son inútiles; no soy un mendigo á quien se arroja una limosna; prefiero ir de nuevo á entregarme á los Comanches. ¡Adios!

Y el Canadense se puso resueltamente en camino, en direccion al campo de los Indios.

Corazon Leal se sintió conmovido; aquel jóven tenia un aspecto tan franco, tan cándido que sintió cierta agitacion en su pecho, y dijo:

—¡Deténgase V.!

El otro se detuvo.

—Vivo solo, continuó diciendo el cazador, y la existencia que tendrá V. conmigo será triste; me devora un pesar profundo.... ¿por qué se ha de unir V. conmigo, que soy desgraciado?

—Para compartir su pesar, si de ello me juzga V. digno, y consolarle si es posible: el hombre que vive solo se expone á caer en la desesperacion, y Dios le ha ordenado que busque compañeros.

—¡Es verdad! murmuró el cazador indeciso:

—¿Qué le detiene á V.? preguntó el jóven con ansiedad.

Corazon Leal le miró un momento con la mayor atencion: su ojo de águila parecia que queria escudriñar sus pensamientos secretos; luego, satisfecho, sin duda, con su exámen, le dijo:

—¿Cómo se llama V.?

—Buenhumor, contestó el otro, ó si lo prefiere V., Jorge Talbot; pero, por lo general, solo me dan el primer nombre.

El cazador se sonrió.

—Ese nombre promete, dijo tendiéndole la mano. Buenhumor, añadió, desde este momento

sois mi hermano y estaremos unidos hasta la muerte.

Le besó en ambos ojos, segun se practicaba en las praderas en circunstancias análogas.

—¡Unidos hasta la muerte! exclamó el Canadense en un raptó de cariñoso entusiasmo, y estrechando con vehemencia la mano que le tendia, y besando á su vez á su nuevo hermano en los ojos.

Hé ahí de qué modo se habian conocido Corazon Leal y Buenhumor. En el espacio de cinco años, ni la menor riña, ni la mas leve rencilla habia llegado á turbar la amistad que aquellas dos naturalezas privilegiadas se juraron en el desierto, ante la mirada de Dios. Por el contrario, todos los dias parecia que se acrecentaba; no tenian mas que un corazon, por decirlo asi; estaban completamente seguros uno de otro, y se adivinaban sus pensamientos mas ocultos; aquellos dos hombres habian visto centuplicarse sus fuerzas, y tal era su recíproca confianza, que habian llegado al extremo de no dudar de cosa alguna, de acometer y llevar á cabo con feliz éxito las expediciones mas audaces, ante las cuales habian vacilado diez hombres resueltos.

Pero todo les salia bien. Parecia que nada les era imposible, y cualquiera habria creído que un encanto lo protegía y los hacia ser invulnerables é invencibles.

Pero eso su fama y nombradía se habian extendido á lo lejos, y aquellos á quienes sus nombres no llenaban de admiracion, los repetian con terror.

Al cabo de algunos meses empleados por Corazon Leal en estudiar á su compañero; arrastrado por esa necesidad que siente el hombre de confiar sus penas á un amigo seguro, el cazador no tuvo ya secretos para B. euhumor. Aquella confianza que el jóven aguardaba con impaciencia, pero que nada habia hecho para producir, estrechó mas aun, si es posible, los vínculos que á ambos los unian, facilitando al Canadense los medios de prodigar á su amigo los consuelos que exigia su alma lastimada, y permitiéndole que nunca irritase unas heridas que de continuo estaban desangrándose.

El dia en que los encontramos en la pradera acababan de ser víctimas de un robo audaz cometido por su antiguo enemigo Cabeza de Águila, el jefe Comanche, cuyo odio y rencor, en vez de debilitarse con el tiempo, no habian hecho mas que aumentarse.

El Indio, con la picardía característica de su raza, habia disimulado y devorado en silencio la afrenta que sufrió por parte de los suyos, y cuya causa directa eran los dos cazadores blancos, y aguardaba con paciencia la hora de la venganza. Habia abierto sordamente un abismo bajo los pies de sus enemigos, indisponiendo por grados sucesivos á los Pielas Rojas contra ellos, y difundiendo con destreza las mayores calumnias acerca de ellos. Merced á este sistema, logró por fin, ó al menos así lo creia, indisponer hasta á los cazadores blancos y mestizos, y hacer que todos los individuos dispersos por la llanura considerasen á los dos hombres como enemigos.

Tan luego como Cabeza de Águila obtuvo este resultado, se puso al frente de unos treinta guerreros fieles y adictos, y queriendo producir un rompimiento que perdiese á aquellos, cuya muerte habia jurado, en una sola noche les robó todas sus trampas, seguro de que no dejarían impune tal afrenta, y de que querrian vengarla.

El jefe no se habia equivocado en sus cálculos; todo sucedió tal como lo habia previsto.

Allí era donde aguardaba á sus enemigos.

Pensando que no hallarian socorro alguno entre los Indios y los cazadores, merced á los treinta hombres decididos que llevaba bajo su mando, se lisonjeaba con la esperanza de apoderarse fácilmente de los cazadores á quienes se proponia dar muerte en medio de atroces tormentos.

Pero habia cometido la falta de ocultar el número de sus guerreros, con el fin de inspirar mas confianza á los cazadores.

A estos no les habia engañado por completo tal estratagema. Juzgándose bastante fuertes para luchar, aun cuando fuese contra veinte Indios,

no reclamaron el auxilio de nadie para vengarse de enemigos á quienes despreciaban, y segun hemos visto, se lanzaron resueltamente en persecucion de los Comanches.

Cerrando aquí este paréntesis algo largo, pero indispensable para la inteligencia de lo que va á seguir, volveremos á tomar nuestra narracion en el punto en que la interrumpimos al terminar el capítulo anterior.

(Se continuará).

POR UN ALFILER.

LEYENDA.

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.

(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 4.º)

VI.

EL PROGRESO.

Mr. Wolff habia dicho bien: la casa era un infierno para el trabajo. Aquel hombre encantador que recibia mucho, que iba todos los dias á sociedades, que se ocupaba con amor de las bellas artes, con calor de los negocios publicos, con corazon de los deberes de la caridad, por un problema que no podia resolverse estaba siempre allí, ¡siempre! Antes de amanecer habia escrito muchas cartas; habia dado una vuelta á las mesas de sus escritorios, echando una ojeada á cada departamento de su casa; juzgando á los ausentes por la disposicion de sus papeles y el estado de su pluma, no pudiendo tolerar una irregularidad, y mucho menos un minuto de retardo.

En uno de sus paseos matinales, Mr. Wolff encontro á Jorge en su mesa alumbrada por una lámpara cuya mecha parecia gastada. Jorge se hallaba tan absorto en su trabajo que no oyó al que entraba.

—¡Vaya una casa bien guardada! dijo el banquero. ¿Cómo habeis entrado aquí? Porque yo acabo de abrir las dos vueltas de la cerradura de seguridad.

—Os ruego que me escuseis, dijo Jorge; pero un negocio muy grave con Montreal debia estar listo para esta mañana, y no he encontrado mas medio que este. Gracias al cielo he concluido este trabajo, y creo que escribiendo esta mañana al Havre quedarán á cubierto vuestros intereses. Y presenté al banquero el espediente de un crédito importante con todos los documentos necesarios para obtener en tiempo útil su cobro.

—Jorge, deberia reñiros, dijo Mr. Wolff; lo que haceis es de mal ejemplo, y se comprometia en ello vuestra responsabilidad. ¿Sois el amo aquí? Al menos deberiais consultarme. Están muy fatigados vuestros ojos; id á descansar algunas horas, y no pequeis mas. Despues, volviéndole á llamar con bondad, habiendo examinado rápidamente el espediente:

—Jorge, le dijo, sois un excelente muchacho; vuestra madre es muy feliz en tener semejante hijo: conservaos para ella. Mucho interés tenia en terminar este negocio con Montreal, porque esos deudores son de cuidado, y el negocio es grave. Acababa de ver precisamente donde estabais, y todo retardo hubiera sido funesto. Habeis hecho muy bien por mí, y tal vez por vos.

A pesar de estas recomendaciones sucedió todavía algunas veces á Jorge hacerse reñir por trabajar á horas extraordinarias; y siempre se excusaba con la urgencia, y pedia perdon con tal sencillez, que Mr. Wolff cada dia se encontraba mas encantado de la capacidad y de la modestia de su colaborador.

VII.

EL GRAN MUNDO.

Mr. Wolff notaba que Jorge iba siempre vestido con la misma sencillez, y algunas veces con negligencia.

—Jorge, le dijo un día; un hombre como vos, debe cuidar de su dinero. ¿Tendriais algun motivo que oponer á mi deseo de ver vuestro libro de gastos é ingresos? No os formaliceis; es por vuestro interés por lo que os hago esta petición; me temo que vuestro sueldo no es bastante.

—Muy al contrario, mi querido señor, dijo Jorge; puedo, gracias á vuestra liberalidad, hacer algunos ahorros.

—Y presentó á Mr. Wolff un librito de memorias encuadrado en lienzo.

Mr. Wolff lo recorrió escusándose, y se lo volvió sin decirle nada, porque no queria dejar ver la emocion que le dominaba.

Habia enviado Jorge á su pobre madre mas de la mitad de su sueldo, y habia dispuesto de algunos escudos para limosnas y obras de beneficencia.

A la mañana siguiente Mr. Wolff dijo á Jorge:

—Es preciso que hagais honor á la casa en que estais. Recibo con frecuencia americanos que no saben el francés, y vuestro auxilio puede sernos muy útil en el salon. Os aguardo para comer; pero los gastos de representacion corren de cuenta mia: tendréis tres mil francos de sueldo, y el primer trimestre está vencido.

Sin el menor embarazo se encontró el pobre Jorge á las siete sentado en una suntuosa mesa, rodeado de gentes del gran mundo, cuya posicion de fortuna era tan diferente de la del estado de estrechez y necesidad en que él habia vivido. No pertenecia seguramente á un hombre tan jóven el tomar la palabra en semejante concurrencia. Un jóven debe ser como el harpa sonora que no da sus armoniosos sonidos sino cuando la preguntan hábiles dedos.

Yo pude ser testigo de su triunfo, porque por una atencion, á la que estoy muy agradecido; Jorge no habia olvidado á su fiel compañero; habia tenido cuidado de desprenderme del frac viejo, y el prenderme sólidamente á la manga del nuevo, que en su sencillez de buen gusto, realizaba la elegancia de su talle y los agrados de su persona.

Mr. Wolff, el austero é impasible trabajador en su gabinete, era en la mesa un excelente convidado, y en el salon un brillante hablador; sobre todo, tenia el mérito tan raro de hacer resaltar el talento ó los conocimientos de sus interlocutores, cual la vara de Moisés sacaba el agua de la roca, ó la cadena eléctrica produce á lo lejos la chispa.

En las discusiones relativas á las carreras de caballos, á las representaciones de moda, á las elegancias del día, Jorge supo guardar el silencio que convenia, y pareció escuchar con interés. Muy pronto fué preguntado sobre las particularidades de su viaje en Alemania. Habia observado mucho las artes, los monumentos; las antigüedades le eran conocidas, y pudo sostener sus opiniones con una firmeza modesta que quedó sin contradecir.

Madama Wolff era una persona elegante, muy graciosa y muy frívola. Miraba como una curiosidad aquel grave personaje de veintidos años, que discutia con toda conciencia cuestiones de arqueología tudesca, y que dejaba en su vaso el vino dorado de las orillas del Rhin, que no olvidaban los demás convidados.

—Con que, señor Jorge, le dijo esta en voz alta é insinuadora, como la afectan algunas damas de moda, contadnos la historia de ese maravilloso alfiler de que tanto nos han hablado, y que llevais creo todavía en vuestra manga. ¿Es un talisman muy precioso?

La atencion de todo el mundo se fijó sobre el pobre jóven y sobre mi cabecita, que brillaba, en efecto, sobre el vestido nuevo.

Jorge, que estaba lleno de seguridad cuando se trataba de sus estudios, de sus deberes y de sus negocios, era muy tímido cuando se trataba

de su persona, y, sobre todo, cuando una jóven que él no podia menos de encontrar encantadora, le interpelaba así directamente ante una asamblea.

—Señora, dijo con una voz dulce y conmovida, séame permitido mirar como un talisman este pequeño alfiler que me ha hecho salir de una posicion bien alarmante para los seres que me son tan queridos, y que, gracias á la benevolencia de Mr. Wolff, me ha proporcionado la entrada en vuestra casa. Conozco las obligaciones que me impone semejante favor; pero guardaré siempre este precioso alfiler, para que me lo haga recordar si me sucediese alguna vez el llegar á olvidarlo.

Un murmullo de aprobacion siguió á esta comedia respuesta. La historia del alfiler fué entonces oida y comentada por una reunion de mujeres curiosas, que miraban cuchicheando á media voz al héroe de aquella aventura. Para sustraerse Jorge á aquel exámen, continuó con sus vecinos una conversacion sobre la escuela de pintura de Dusseldorf, cuyos principales maestros habia conocido.

Pasóse al salon. Púsose al piano una señora. Era uno de esos talentos simpáticos que se captan inmediatamente la atencion, y que conmueven los corazones. Allí no habia de esas dificultades vencidas que hacen parecer la música á una batalla, y ejecutándola á San Jorge combatiendo el dragon: eran torrentes de armonia, meditaciones tan dulces, tan vaporosas, tan vagas, que el alma se sentia arrastrada y como hechizada.

—Más, más, decia la tertulia toda.

—Y ese delicioso nocturno de Schubert, dijo Mr. Wolff, con el que casi nos habeis hecho llorar, ¿no le tendremos esta noche?

—Yo no tengo cuatro manos, dijo la señora. ¿Quereis ayudarme?

Hubo silencio.

—¡Qué lástima! dijo Madama Wolff; no hay aquí nadie ahora para ayudaros.

—Si yo me atreviese, dijo Jorge, os propondria acompañaros: he oido frecuentemente esa melodía tan querida de los alemanes, y creo acordarme de ella....

Aplaudieron al hombre de buena voluntad; y aquel pedazo produjo una sensacion profunda.

Pidieron la repetición de la última parte, que fué ejecutada con un sentimiento todavía mas expresivo, y la señora pareció muy asombrada de encontrar un método tan seguro en la ejecución de su jóven acompañante. Mr. Wolff, que era un *dilettanti* apasionado, se hallaba estasiado.

—¿Con qué sabeis hacer otra cosa que.... números? Y nos lo teniais tan callado.... le dijo, dándole familiarmente un tironcito de orejas.

—¿Y es tambien vuestro alfiler, dijo Madama Wolff, el que os ha enseñado esos primores? Me lo prestaréis al menos.

Saludó Jorge lleno de confusion, lo que le hacia cada vez mas interesante, y se escurrió entre un grupo de hombres que estaban hablando de literatura.

VIII.

LA GALERÍA DE CUADROS.

Encontrábase Jorge en el gabinete de Monsieur Wolff, despues de una larga y grave conversacion comercial.

—Baste de negocios por hoy, dijo el banquero. Decidme Jorge, os escuchaba el otro día en el salon hablar de pintura: ¿teneis la pretension de ser inteligente?

—No tengo la menor pretension, dijo Jorge; pero he visto muchos cuadros, y me causan placer las cosas bellas. ¡Cuántas veces con mi excelente padre hemos pasado dias enteros en las galerias del Louvre! Gozábamos allí muchísimo. Algunas veces formábamos la resolucion de no mirar sino tres cuadros, pero de mirarlos bien. En ese caso nos adelantábamos prudentemente con la cabeza baja, siguiendo la línea del enlosado del suelo, contando al través los pedestales de las columnas. Ya hemos llegado, decia mi pa-

dre. Levantábamos entonces los ojos delante de un Corregio, de un Rafael, de un Leonardo de Vinci. Nuestra atencion toda se concentraba sobre el mérito de aquellas incomparables obras maestras. Me sentaba en aquel palacio sobre un ancho divan, al lado de un ser tan querido como mi padre, contemplando aquellas obras excelentes. Mi padre me esplicaba como artista, como conoedor y erudito las diferencias que caracterizan las escuelas, las curiosas anécdotas, que se conservan de los pintores célebres, cuya vida se ha convertido, como la vida de los santos, en una dorada leyenda. ¡Qué tiempos tan felices! ¡No volverán mas aquellos hermosos dias!

—¿Y por qué no?

—Porque, dijo Jorge, se ha pasado el tiempo del placer: la desgracia, que debe de venir siempre, vino temprano para mí. He debido hacer el sacrificio de mis gustos, y os aseguro que encuentro un placer en este sacrificio; porque el trabajo al lado vuestro, señor mio, que habeis acogido á un desconocido con una bondad tan paternal, el trabajo me es muy dulce y muy saludable.

—Pues bien; hoy, dijo Mr. Wolff, puesto que estais tan sumiso á mis voluntades, señor filósofo, quiero, y tendré una complacencia, que, en lugar de ocuparos en la correspondencia, os ocupeis un poco del arte. El día está muy hermoso: seguidme y mirad, si quereis, las líneas del enlosado brillante del suelo, puesto que esa es vuestra manera de ver los museos.

Hizole ver algunos salones al paso, y abriendo con un cierto énfasis una puerta de dos hojas, y levantando una pesada cortina que estaba detrás.

—¿Qué decis de esto, señor inteligente?

Es preciso decir que la coleccion del Baron de Wolff era célebre y conocida de todos los aficionados de Europa. Hallábase Jorge en una larga galería de un estilo severo y excelente, iluminada por una luz suave y bien dispuesta, que bajaba de lo alto de las bóvedas del edificio. Allí no habia nada de mediano, ni nada dudoso, nada supérfluo: muestras de cada escuela representada por los maestros, y de cada maestro un solo cuadro, pero una obra maestra. Los cuadros no estaban demasiado juntos; ni se tocaban ni se perjudicaban los unos á los otros; tenian un ancho intervalo y una prudente distancia entre pintura y pintura, que se destacaba sobre un fondo verde; y en este intervalo habia colocada una estatua de mármol; traídas las unas de la Italia, y otras debidas al cincel fecundo de los escultores de la escuela francesa.

Desvanecido quedó al pronto Jorge. La autenticidad de cada pintura era tan evidente como si estuviese allí el pintor para firmarla. No hay necesidad de decir que la escuela italiana reinaba como soberana en aquel palacio. Brillaba en él por lo ideal la escuela romana; por su pureza la escuela de Florencia; por su brillante colorido la escuela de Venecia: un Murillo que los monarcas del mundo se hubieran disputado con furor en una subasta, y un Velazquez de gran gusto representaban la España: Teniers, Rubens y Vandick, trasportaban al espectador á los mas hermosos tiempos de la escuela Flamenca: en cuanto á los Holandeses, ¡qué eleccion tan completa y admirable no se hallaba allí de aquellos maestros tan divertidos y tan variados, que no se cansa uno de admirar! un *interior*, de Gerardo Dou; un *paisaje*, de Ruisdael; un *ramo de flores*, de Van-Huisum: nada faltaba allí. En cuanto á la escuela francesa, el opulento poseedor de aquella galería no habia dejado de colocar en ella los maestros mas afamados; es decir, que Claudio Lorena, Grence, Prudhom, brillaban rodeados de satélites de aquella luminosa y fecunda constelacion que se llama la escuela francesa.

Hallábase Jorge distraído, pensativo. Habia notado en un ángulo un cuadro que le habia chocado vivamente; empero no queria dejar ver su emocion.

—No decis nada, le dijo Wolff: ¿no os parece esta coleccion digna de llamar la atencion de un aficionado?

—Todo es aquí sublime, respondió Jorge; no veo nada que deba cambiarse; no se puede hacer

una eleccion mejor. Diria el nombre de cada pintor al dar una vuelta á esta galeria. Son todos *verdaderos originales*. Pasaria la vida en este paraíso admirando esta naturaleza poetizada por el arte, é implorando la bendicion de estas santas virgenes. ¡Qué cosa tan bella es la fortuna que permite á un solo hombre poseer tales tesoros! Yo quisiera ser rico.....

— Ya mi filósofo descubre el defecto de la humanidad. ¿No veis, señor envidioso, que falta un diamante á esta corona? Buscad aquí á ver si encontráis al gran maestro de Parma, al regenerador del arte: hace falta un Corregio.

— Tendréis uno. No sé si es por haber contemplado á la vez tantas cosas hermosas y bellas; yo que sé que no hay mas que tres Corregios, experimento una gran fatiga, y apenas puedo ver ni hablar. Muy feliz seria si me permitiérais volver aquí otra vez.

Encantado Mr. Wolff de tener á su lado un inteligente:

— No solamente volveréis, le dijo, sino que será vuestra obligacion venir aquí á trabajar. He buscado este medio de apartaros de las demás obligaciones, á las que os consagrabais con demasiado ardor. ¿Queréis ser el conservador de mi museo? Si sabéis gozar de las cosas sin poseerlas; si para un artista como vos, ver es tener; estos cuadros serán de nosotros dos. Señor conservador tendréis dos mil francos mas de sueldo; os pondréis en relacion con los artistas, los mercados de cuadros, los aficionados. El primer trabajo que os pido es un catálogo razonado de mi coleccion. Hace mucho tiempo que lo estoy deseando; pero me ha faltado siempre el tiempo. Teneis carta blanca, y os doy todas mis facultades.

¡Gran satisfaccion, y gran dia de alegría fué para nuestro Jorge! Tenia la naturaleza de un artista: todos sus instintos le impulsaban á aquel camino; la razon y la necesidad le habian llevado á ocupaciones mas positivas. Mucho habia sufrido en ello; empero se habia resignado. En esto se cifraban sus mas agradables recuerdos. Habia dibujado mucho y con buen éxito: nada, pues, le era mas satisfactorio, ni mas de su gusto, que semejante proposicion.

Entró inmediatamente en las funciones de su nuevo empleo, y puso en aquel trabajo tal exactitud, orden y método, como estaba acostumbrado á hacerlo en las demás cosas.

Los cuadros se hallaban colocados á la ventura y casualidad en aquella galeria, ó mas bien siguiendo las dimensiones de cada lienzo. Los clasificó en su trabajo por escuelas; dió las dimensiones precisas; escribió una corta noticia sobre cada pintura, y una descripcion exacta del cuadro, guardándose bien de usar de espresiones exageradas como las que se ven en muchos catálogos de los inteligentes; empero fijándose sobre las particularidades que pudiesen comprobar la autenticidad de la obra. Terminado que fué su trabajo; revisado y corregido con esquisito cuidado, y copiado con aquella precision que tanto gustaba á Mr. Wolff, lo colocó sobre la mesa de despacho de su gabinete.

(Se continuará).

LA LUZ DEL CEMENTERIO.

NOVELA FANTÁSTICA

POR

FEDERICO UTRERA.

I.

LÚGANO.

El país mas pintoresco del mundo es la Suiza. Y uno de sus pueblos mas encantadores se halla situado en el canton del Tessino. Asentado al pié de una graciosa colina, cuyas cumbres cultivadas ostentan el verdor de innumerables viñedos y altísimos pinos, tiene un aspecto italiano, que le hace mas bello el orden de su arquitectura,

con tejados que sobresalen de sus paredes exteriores, ventanas acanaladas y con arquivadas, puertas estrechas, sin cornisas, y portales en que la gente se entrega al trabajo. Los cimientos de las casas estan bañados por las azules ondas de un lago, cerrado por montañas y pueblecitos que le prestan sombra: allí está el San Jorge, en cuya levantada cúspide hay una ermita; el San Salvador desde cuya cima se descubren las cúpulas de Milan; Castagnola, famosa por sus olivos, y Gandria.

Este es Lúgano.

Lúgano sin el lago perdería mucha parte de su belleza y su total animacion.

En Suiza los lagos representan el papel de pequeños mares. Y el que rodea al pueblo en que ahora me ocupo, es tan hermoso, tan cristalino, y presenta vistas tan encantadoras, que hace las delicias de los habitantes y viajeros de aquellos lugares.

Supongamos á Lúgano sin lago; inmediatamente desaparecería la vida de aquellas playas. Barqueros y pescadores, frescas y lindas jóvenes que pasean por sus riberas, dejarían de alegrar con sus canciones nacionales los arenosos limites de la poblacion. En vano se colocaria uno en la plataforma elevada de San Salvador, y desde allí distinguiría el movimiento acompasado de los remos, las velas ligerísimas que, como bandadas de anades corren presurosas por las aguas, y los ramilletes de flores que arrojan en ellas el domingo las pobladoras de los pueblecitos cercanos, cuando acompañadas de sus prometidos, surcan las olas á la puesta del sol.

En vano el viajero ávido de impresiones podría ver el magnífico panorama que presenta Lúgano, cuando en la noche, la luna deshecha en serpientes de plata, juega en el lago, iluminando espléndidamente las blancas paredes de las casas, que contrastan con las moles silenciosas y oscuras de las distintas montañas, y con el azul del cielo.

¡Oh! Lúgano, sin el lago, no tendría nada de gracioso, de bello, de alegre.

De seguro no se levantarían aquellos gigantes árboles que muchas veces con sus grandiosas copas, cubren totalmente la garganta que forman dos colinas.

De seguro las esbeltas sílfides no tendrían bosques donde pensar en sus amores. Ni los enamorados jardines en que cortar las flores que prenden á la cinta de su chambergo alemán.

Sin agua, sin árboles, sin flores, sin frescura, Lúgano dejaría de ser lo que es: aquel bonito pueblo del renacimiento, asentado sobre una roca, rodeado de perfumes, y bañándose en las quietas aguas de un lago.

Lúgano es muy visitado por los extranjeros, particularmente por los Ingleses que allí se curan de su enfermedad nacional: de esa hipocondria que los distingue, y califican con el nombre de *spleen*. Sin embargo, en la época en que da principio esta historia, Lúgano se halla completamente abandonado por los curiosos é hipocondriacos: sus rectas calles no son paseadas, medidas, consideradas y dibujadas por ningun extranjero. Solo sus bellas hijas, sus robustos hijos circulan por ellas.

Es el mes de diciembre de 1818.

II.

EL NAUFRAGIO.

Era una noche profundamente oscura: las aguas del lago hallábanse agitadas por un viento noroeste que penetraba por un estrecho valle formado por dos montes empinados, cuyos dos últimos picos iban á perderse en el cielo.

Escuchábase un rumor sordo, parecido al que hace la tempestad cuando se acerca. Las secas ramas mujían dolorosamente chocando entre sí. Las olas negras rompíanse contra las rocas de la playa y las cubrían con una sombra aun mas tenebrosa que la suya propia. Sentíase un frio penetrante. Y el silencio era profundo. Lúgano dormía: no se divisaba un solo sér que velase ni por sus calles, ni por sus plazas.

La campana de la ermita de San Jorge despidió un sonido lúgubre, que mas parecía una

señal misteriosa que la primera hora de la noche que daba su pequeño reloj.

Apenas se hubieron estinguido las últimas siniestras vibraciones de la campana, cuando de una casita situada fuera del circuito de la poblacion, y que distaba solo veinte pasos de la playa, salió un bulto enteramente cubierto, y acercándose á la orilla del lago, comenzó á caminar circundándolo con premura. Gran trecho llevaba andado sin que ocurriera ningun accidente, cuando parándose con prontitud y dirigiéndose a un objeto de grandes dimensiones con el cual casi tropezaba, dijo con voz varonil, pero que revelaba la garganta de un mancebo:

— ¡Barquero! barquero!

No obtuvo respuesta alguna. Entonces, sacando un brazo del bolsillo de un redingot de pieles que le cubria, lo introdujo en el fondo de una barca casi encallada en la arena, que era el objeto ante el cual estaba parado, y agitó una forma envuelta en una especie de capa, volviendo á repetir:

— ¡Barquero! barquero!

— ¿Quién? dijo una voz ronca y adormilada.

— ¡Gracias al diablo! Creí que no salias de tu sueño. Prepara los remos, y partamos, dijo, introduciéndose con ligereza en la barca el recién llegado.

— ¿Partir? murmuró con estrañeza el barquero.

— ¿Y qué te asombra?

— La hora y el modo. Veis que dormia.....

— Poco importa, cuando vas á ser bien pagado.

— Es, replicó el barquero con cierto aire de orgullo, que por todo el oro del mundo no dejo yo mi sueño.

— Acabemos de una vez.

— Acabado está por mi parte.

— En ese caso, dijo el jóven en actitud de abandonar la barca, no quieres ganarte diez francos. Y sonó suavemente la plata que su bolsillo contenia.

— ¿Cómo? repuso el barquero levantándose y restregándose los ojos.

— Ya lo sabes; te pierdes quince francos. El barquero se puso rápidamente de pié, y hasta movió uno de los remos tendidos en un costado de la barca.

— ¿Quince francos decis?

— Si; pero termina pronto.

— La noche está encapotada, dijo el barquero restregándose las manos y mirando al cielo.

— ¿Qué importa?

— Hace un fresco algo desagradable..... el lago está agitado..... puedo zozobrar..... y.....

— ¿Te decides? replicó con resolucion el jóven poniendo un pié en el asiento del bote.

— Este, dijo para sí el barquero, debe ser inglés; saquemos todo el partido posible. Y luego alto y con aire de desden:

— Es poco dinero, dijo.

— Pon tu el precio.

— Veinte.

— Partamos, pues. El jóven tomó asiento en la popa cubriéndose perfectamente. El barquero con diligencia dispuso sus remos, y apoyando uno en la arena de la playa comenzó á desviar la barca de tierra. Entre tanto preguntó:

— Y ahora bien, ¿á dónde dirijo el rumbo?

— A la playa del cementerio, respondió el interrogado con voz grave, que parecia siniestra. Pero el barquero, no bien obtuvo la respuesta, cuando dejó caer el remo de sus manos, y un sudor frio corrió por todo su cuerpo.

— ¿Qué es eso? preguntó el jóven. Pero por toda respuesta el barquero dobló la rodilla é hizo la señal de la cruz.

— ¡Miserable! ¿Te burlas? repuso el jóven dando un paso hácia él.

— ¡Virgen santa, valedme! gritó el barquero, y el jóven se detuvo murmurando:

— Se me va á pasar la hora..... y este estúpido..... ¡oh! Y montando en cólera:

— ¡Ea! pronto, empuña los remos.

El tono con que fueron pronunciadas estas palabras, impusieron de tal modo al barquero, que se levantó como movido por un resorte, y temblando como un azogado.



Sin duda era el barquero, quien se en contraria imposibilitado de salvarse del naufragio.

—¡Virgen..... san..... ta..... socorro! articuló difícilmente. Entonces el jóven, dando un ligero salto, cayó sobre él, y con una fuerza hercúlea le sujetó por el cuello.

—¡Calla, miserable, ó mueres! dijo poniéndole al pecho una hoja que relució ligeramente denotando que era un puñal. Mas el barquero, agitado, convulsivo y con voz ronca gritaba.

—¡Socorro! socorro! ¡El diablo del cementerio!

—¡Calla!

—¡Socorro! á mí! que me mata! Y al pronunciar esta última palabra, cayó desplomado en el fondo del bote dando un grito agudo y horroroso. Inmediatamente el jóven, con una presteza inconcebible, cogió los remos y rápidamente comenzó á alejarse de la playa. Aun se escuchaba el movimiento de la barca, cuando por segunda vez se oyeron los gritos del barquero, mas agudos, mas desesperados, mas lúgubres que antes. Pero cesaron tambien, y solo se pudo escuchar entonces el mujido de la tempestad que se acercaba. El lago se alborotaba y hacia saltar ó estrellarse sus negras olas; el viento sonaba ruidosamente; el cielo despedía algunas gotas de agua. De pronto, un trueno horroroso acompañado de un relámpago cárdeno, vino como á adormecer la naturaleza despues del estampido. Mas á la luz inmensa que iluminó el lago, pudo distinguirse la barca, casi sumergida por la popa, y al jóven, cuya cabeza brilló con el aspecto de la mas perfecta hermosura, que sobrenadaba y desaparecía entre las espesas ondas, asido á los cabellos de una persona que no podia conocerse á causa de hallarse cubierta por el agua. Sin duda era el barquero, quien se en contraria imposibilitado de salvarse del naufragio.

(Se continuará).

VIAJE Á ALEMANIA

Y Á LAS EMBOCADURAS DEL DANUBIO
POR MUNICH, EL PAIS DE SALTZBOURG, VIENA Y
LOS PRINCIPADOS.

—Vuelta por Constantinopla, Atenas y Trieste.—

Siempre me ha gustado viajar, y he compadecido sinceramente á los que no lo hacen, que, por cierto, es muy grande el número. A los unos,

es el tiempo ó la ocasion lo que les falta; á otros, un compañero de viaje, con quien se simpatice en gustos, y que se convierta en amable relator sin ser pedante, y guia esclarecido sin ser un mentor; á la mayor parte, por último, les falta un punto muy esencial, que es el dinero, que muchas veces se gasta sin provecho y sin placer, tanto viajando como de otro modo, por falta de consejos y de esperiencia. Cada cual, pues, justifica a su manera la costumbre tan francesa de estar en casa, y de creer con la mayor candidez del mundo que nada hay mas bello ni nada mejor fuera de su ciudad y de su país. Apenas hay puntos que tengan atractivo para esos escépticos de buena fé, si se exceptua la posibilidad de un viaje á Italia, á las aguas de los Pirineos ó del Rhin, para saborear dulcemente los primeros perfumes de la luna de miel, ó para dar á la moda el tiempo rigurosamente prescrito por sus exigencias.

Ademas, pesan con una lógica absoluta las ventajas y los inconvenientes del viaje, como un negociante sienta en su libro mayor los productos y pérdidas. ¿Contestan los guías é itinerarios á las necesidades del verdadero amigo de curiosidades, al turista (1)? ¿No quitan, al contrario, á las emociones todo el encanto del momento y de la sorpresa? Y ademas ¿los progresos de la industria, que rebajan las montañas y allanan los valles, la marcha brutal de la locomotora que hiende rocas y abismos, y lo hace pintoresco á la manera que una bala destruye una muralla, no tienen reducido el viaje á no ser mas que un trabajo corporal sin compensacion para la imaginacion y sin otros incidentes que una série de medianas posadas y cuentas que pagar?

Uno de mis amigos, provisto recientemente de su título de ingeniero, y que tiene la pretension de llevar delante las fórmulas algebraicas y la poesia de sus veinticinco años, se hacia sus reflexiones y las reasumia de esta suerte: «El tiempo que se pasa corriendo tras de lo ideal, y buscando el objeto entrevisto por los caprichos de la imaginacion, será siempre mejor empleado en leer las narraciones de otros, y crearlas bajo su palabra, á fin de no esponerse al desencanto y á los pesares....»

(1) Así se llaman los que viajan por aficion. Se deriva de *tour*, vuelta.

Y poniendo en relacion estos datos de un carácter burlon, se saca, como último término de una proporcion metafisica, la suma de placer intelectual ó de bienestar que el viaje podría producir, y para él esta conclusion natural: permanecer en su casa, tratar los viajes de trabajo inútil, leer algunas descripciones, como un cuento agradable, y considerarse feliz con no perder nada de sus ilusiones y recuerdos. Un dia, no obstante, le fué preciso romper con esta teoria sistemática. Apenas repueso el Oriente de sus recientes conmociones, amenazaba otra vez turbarse. Cuestiones de nacionalidad, de limites de territorio y derechos de navegacion por estudiar y resolver, fueron la consecuencia de la guerra de Crimea; y encargados uno y otro de una mision que no nos atrevimos á rehusar, nos hizo partir para los Principados Danubianos.

Dos meses y medio se emplearon en un viaje de mas de dos mil leguas, donde, dueños de nosotros mismos, uniéndose la libertad y fantasia á la certeza de un objeto útil, hicimos apuntes en nuestras frecuentes paradas de todo lo mas notable en nuestro viaje, tanto respecto á sitios, como á hombres y cosas.

En dos épocas anteriores, ya habia yo visitado á Francfort y Hamburgo, Dresde y Berlin, Praga y Viena; habia visto el Vistula en Cracovia, y los Carpatas en Lemberg. Hoy soy libre de arreglar mi itinerario, y me he propuesto volver á Viena por Munich y el país de Salzbourg, bajando despues á la gran via del Danubio hasta los Principados, llegando de esta suerte al mar Negro y Constantinopla. El diario de este viaje, es el que ofrezco á mis lectores, invitándoles á seguirme con la imaginacion, y mejor aun á realizar algun dia, si pueden, esta interesante peregrinacion.

CAPITULO PRIMERO.

DE BADEN Á MUNICH, EL RHIN, EL NECKER Y LA
LLANURA DEL DANUBIO.

Junio 1857.

Es la hora de marchar: un sol radiante inunda el valle; las flores de olor suave y delicado de mayo han cedido su puesto á los colores penetrantes del estio. El calor es fuerte; pero lejos

de molestar y debilitar como el de primavera, reviva el alma, y penetra nuestros cuerpos de una nueva energía. Si el medio día nos obliga por momentos á dormir siesta, pronto nos acostumbramos á esta saludable costumbre que se impone al viajero desde que llega al *Mediodía* ó al *Oriente*; por otra parte, las mañanas son tan dulces, tan vaporosas; las tardes, tan largas y tan llenas de fantasías..... ¡Esta es la estación de las poderosas voluntades, la estación viril..... partámonos!

A los tres días estaba en Baden, mi cuartel general de costumbre, en medio de mis escursiones, en el foco de mis recuerdos. Revolví uno á uno todos los caminos que van de la *Trinkkall* y de la *Sala de conversacion* á *Lichstenthall* y al *Castillo viejo*. He vuelto á ver á *Everstein* y á *Ibourg*, los dos puntos opuestos de mi horizonte, todos esos sitios, en fin, que uno recorre solo con tanto placer, y que muy pronto quizás la multitud habrá vulgarizado. Apenas principiaba la estación de las aguas: los primeros que llegaban se asustaban mirándose como escolares cogidos en algún fraude. La ruleta y la treinta y cuarenta y una no distraían sino á un círculo; los demás leían periódicos, se paseaban ó fumaban, felices con aquella ociosidad efímera.

Los pasadizos se limpian del polvo; los comerciantes deslian sus fardos dando grandes risotadas, y la linda ciudad toda se prepara para recibir al cosmopolita europeo; parece á una decoración de ópera en el momento de alzarse el telón. Baden no debe ser vista por la gen'e de tono sino en medio de su efervescencia, es decir, desde el 1.º de julio al 15 de agosto. Hasta allí ha sido casi una soledad: pasado este tiempo es una baraunda. Adios, pues, hasta mas ver, y étenos dando la espalda á aquellos graciosos paisajes, á las llanuras del Rhin y al antiguo *Munster* de Strasburgo, cuando aun por la mañana admiraba la elevada torre que se destacaba en medio de los densos vapores que flotaban sobre el monte *Mercurio*. El camino de hierro nos condujo en un soplo á *Bruchshall*, y á pesar de mi antipatía á este género de transporte, le damos gracias hoy día por el tiempo que nos permite economizar, y de las insignificantes paradas que nos evita. Hemos dejado á *Carlsruhe* sin detenernos. Ya es conocida la regularidad uniforme de algunos de sus edificios y la triste nulidad del resto; allí, como en la mayor parte de las capitales de estos pequeños Estados alemanes por los que vamos á atravesar, todo está sacrificado al exterior; es la muestra lujosa de un almacén cuyo interior se encuentra casi siempre vacío, y después todo se copia con la mano de los hombres. Solo la naturaleza cambia á cada instante de formas; y en esos países, á poca diferencia iguales, siempre ofrece alguna cosa variada y sorprendente. No obstante, cuando pasamos, tenía *Carlsruhe* un aspecto vivo y animado. Sus oficiales lucían sus mas graciosos uniformes; sus paseantas se hallaban vestidas de muselina y de barés, *toilette* graciosa, si no se abusa de los colores fuertes; pero sabemos lo amante que es de los matices el hijo de la Germania, desde las sombras mas vaporosas hasta los colores mas rabiosos y llamativos. La causa de este movimiento tan poco común que turbaba la tranquilidad de la gran ciudad ducal, era la llegada de la emperatriz, madre, de Rusia. Se la esperaba en Baden, donde debía pasar una ó dos semanas, y esta era la causa de que el gran duque hiciera engalanar con nueva librea su casa, y adornar con papel rameado la sala de restauración del viejo castillo.

En *Bruchshall*, que nada tiene de notable sino un palacio bastante destruido, en otro tiempo residencia de los obispos de *Spira*, cambiamos de carruaje y de dirección, porque salimos del ter-



Batalla de Ulma.

ritorio de Baden. Tiramos á la derecha por el camino de *Stuttgart*, atravesando á no dudar, la línea divisoria de las aguas de Europa, en el sitio en que los montes de *Suavia* se unen por el *Rauhe-Alp* con las ultimas ramas de la Selva Negra. Nada curioso notamos entonces sino el camino de hierro de Wurtemberg, que nos condujo con admirable velocidad. No hay mas que una sola vía en toda su estension; pero se encuentra muy bien servida y con mucha inteligencia. Los empleados son corteses, como todos los demás funcionarios de esta parte de Alemania. La civilización no se olvida sino en Prusia. Los wagones son anchos y se comunican unos con otros: una plataforma situada á cada extremo, permite á los viajeros tomar el aire y disfrutar del paisaje. Un viaje de doce horas no es, como en Francia, un tormento físico, sino un recreo variado.

La campiña de Wurtemberg es casi por todas partes rica, y se halla bien cultivada; la población parece feliz. Después de *Ludwigsbourg*, que mira sus pies y frente cargado de sombras en las aguas de Necker, caímos en *Stuttgart*, ufana por su título de capital del reino, ella, que no fué durante mucho tiempo sino la residencia de condes y duques. Lo que mas me agrada de ella, es la maravillosa posición que ocupa, los recuerdos de su antiguo castillo, y el rico viñedo que tanto alegra al honrado habitante de la Suavia. En sus pláticas de invierno en el campo, ó en provincia con esos cuentos llenos de imágenes con cierta candidez hiperbólica, *Stuttgart* es el paraíso terrenal, que es preciso visitar una vez al menos para referir las maravillas á nuestros hijos. ¡Es la revelación de la Meca prometida al verdadero creyente! Dichosa y buena naturaleza que ve siempre bella la patria, y no cree con frecuencia en un ideal por lo común engañador, y que reduce el horizonte de sus deseos á un jarro de cerveza, saboreada en el camino real de *Rosentein*, y con una hora de contemplación ante el *gimnasio ilustre* ó *palacio de los Estados*. Como todas las residencias de los soberanos, *Stuttgart* goza de la presencia de una gran guarnición, y un francés, siempre que sea amante de lo militar, podrá allí ver con placer el modelo completo del ejército de Wurtemberg. Yo por mi parte aproveché el intervalo de dos convoyes, y me fui á la ventura por medio de los paseantes que el domingo atrae á las orillas del Necker. En uno de estos días consagrados al descanso, es cuando es mas fácil conocer el trato y fisonomía de una población.

En Francia, la gente ordinaria no desea ni gusta del domingo sino para los gozes violentos que le proporciona. Pasar la tarde en la taberna, hacer mucho ruido, gesticular y embriagarse con aguardiente, vino malo y habladurias, volver

á su casa tarde, reñir con todo el mundo y pegar á su mujer; después volver á hacer lo mismo el lunes, bajo pretesto de descansar de los desórdenes de la víspera, ¿no es esto lo que estamos presenciando todos los días en nuestras ciudades y campos? ¿Se hallan mejor las cosas en Inglaterra, ese pueblo positivo y que pretende poner en todo el cálculo y la regla, en lugar de la pasión? Con ser menos ruidosa la embriaguez, es allí muchas veces mas bestial. El entretenimiento falta á las almas, como la delicadeza á las costumbres. El labrador y el jornalero tienen en sus placeres la actitud embarazosa de las gentes que se elevan por autoridad á sus ocupaciones, y que no saben, en justicia, si la severidad de la ley religiosa les permite los sencillos regocijos, los recreos en familia. Mirad, por el contrario, al verdadero alemán, sea católico ó protestante; cumple desde luego y escrupulosamente sus deberes del domingo; cuando ha cumplido con Dios, cumple consi-

go, y se dice: puesto que el Señor ha madurado las viñas en las laderas, y el lúpulo (1) en las llanuras, es para que la criatura del buen Dios disfrute de los bienes de este mundo. Es preciso verle entonces, con su traje de domingo, conservado como una reliquia de sus abuelos, ó si son modernos, sencillos y aseados, graciosos á su manera, tenderse en medio de las praderas, en los caminos sembrados de *Wirstschaff* ó de *Bierbrauerie*, reunirse á la sombra de las cubas, pasarse allí horas enteras, sin ruido, sin gritos, sin embriagarse, sobre todo, ante la copa humeante y los panecillos amasados con granos de anís. Por la noche baila al son de su orquesta, compuesta de instrumentos de metal, y de algunos clarinetes, cuyas averías saben siempre componer á pesar de los desastres del tiempo, y guardando mucho compás en sus tocatas; y á eso de las diez ó diez y media lo mas, cuando la cena frugal ha concluido, cuando la última pipa ha seguido á la última copa, el silencio estiendo su manto por el campo ó la ciudad dormida.

Entonces no se escucha mas sino los retardados pasos de algun profano ó la voz del sereno que anuncia la hora que da en el reloj de la torre, y el tiempo que pronostica para el día siguiente, la nube que pasa, y la veleta que da vueltas con fuerza sobre su árbol enmohecido.

Pero mientras nos empeñábamos con este objeto en una disertación humorística, y que mi compañero de camino trataba de demostrar por una aplicación del sistema de protuberancias y de influencias atmosféricas, lo que conocemos todos sin ser ni metafísicos ni fisiólogos, apenas noté que las montañas de la *Suavia* se aproximaban y estrechaban el valle, en cuyo fondo corre el *Fils*, una de las afluencias del Necker.

Bien pronto el camino se mete en medio de las montañas; se pega á sus lados, los contornea en sus menores sinuosidades, y permite apoderarse de ellas al vuelo rápido de la locomotora. Recostado sobre la barandilla que había alrededor de la plataforma del *wagon*, noté y recogí con deseo todos los recuerdos que aquellos sitios han despertado en mí. Nada mas bello y grato á la vez que aquella comarca donde cada valle tiene su leyenda, y cada montaña su tradición y sus minas. La historia de *Suavia* se halla escrita en los restos imponentes de sus castillos y sus monasterios, y en las llanuras donde hoy día se elevan prósperas y populosas ciudades. Comprendida en otro tiempo, durante el imperio romano con el nombre de *Sueva*, en el de los Francos-Merovingianos, con la expresión mas vaga de *Alemania*, empezó á formar un Estado soberano poco tiempo después del desmembramiento de la

(*) Planta que entra en la composición de la cerveza.

monarquía de Carlo-Magno. El primer duque de Suavia fué *Erchanger*, cuyo nombre apareció en una carta de *Othon el Grande*. Pero a la ilustre familia de los Hohenstaufer, fué a quien la Suavia debió sobre todo su poder y su celebridad. El esplendor de aquella raza no tuvo de igual sino su adversidad, y sube a Federico de Buren, que llegó a ser cuñado del emperador *Conrado de Salique*. Después de él comenzaron con *Federico el Tuerto*, su nieto, las sangrientas luchas contra los *Welfos de Baviera*, y bien pronto los nombres de los Guelfos y de Gibelinos, los que si al principio no designaban mas que las dos casas rivales y sus partidarios, fueron luego los gritos de guerra que llamaron unos contra otros a la Italia y la Alemania, el papado y el imperio. Cada rincón de esta tierra, hoy día tan pacífica, se puso en movimiento por las batallas y fué fecundada por la sangre. No obstante, ¡admiráos cómo la naturaleza lava pronto el rastro de las locuras ó de los crímenes que sembramos a manos llenas alrededor de nosotros! ¡Quién diría, al ver aquellas praderas tan alegres, aquellos parajes sombríos y rocas cubiertas de nieblas y doradas por el sol poniente, que la guerra las ha visitado tantas veces, y que nuestros pasos siguieron por aquel camino los de otro conquistador mas activo, mas dominante todavía que lo fué el gran emperador suave!

La primera ciudad que se presenta a nuestra vista a la salida del túnel de *Rosenstein*, es *Canstadt*, alegre en medio de un oasis de vegetación, de casas de campo, y de fondas bien servidas durante la estación de los baños. Un poco mas lejos *Esslingen*, patria de los poetas ambulantes y de los *Minensingers* (1), cuyos cantos populares encantan todavía, y entretienen aun las largas horas de la noche. Rica, hoy, por la industria metalúrgica, poblada de habitantes activos é inteligentes, *Esslingen* echa de menos algunas veces los antiguos muros de su *Burg* demantelado, y los tiempos tempestuosos en que «ciudad imperial» rechazaba las decisiones de la dieta germanica. Por poco tiempo que os hayais allí detenido, vuestro huésped os conducirá a la puerta del lobo (*Wolfenthor*), y dándoos el ejemplo, os invitará a saludar el escudo de *Barbaroja*, esculpido en los dos pilares de piedra que permanecen allí como centinelas vigilantes a la puerta del palacio de los Reyes.

Después de haberos detenido en *Gaeppingen*, una de las estaciones mas importantes de la travesía, se recorre una llanura rodeada por todas partes de un anfiteatro de montañas. ¿Cuál es, a la izquierda, aquella cuesta pelada y arenosa, cuya esterilidad contrasta con la risueña verdura que rodea su falda? De lejos sus flancos escarpados le imprimen un carácter salvaje; pero a medida que uno se aproxima, todos los tesoros de la vegetación se descubren, y bien pronto la mirada descansa en los frutos que cuelgan de árboles gigantescos y en las hojas caídas que van formando un camino sin duda secular. Sigámosle con el pensamiento hasta el pico que me ha mostrado con el dedo el conductor del tren.—Allí, me dijo, ensayando su papel de *cicerone*, existía el castillo de *Hoenstaufer*, residencia habitual del emperador *Barbaroja*; después se apartó y fué a repetir la misma noticia a todos los que suponía extranjeros: no nos riamos de su dignidad algo teatral. ¡Qué de grandeza hay en efecto en aquel nombre solo, inscrito eternamente en la leyenda y en la historia! Según esta, es el verdadero heredero de Carlo-Magno, el tipo de César germánico, bueno y dulce para los pequeños y los humildes; pero terrible para los malos, como dicen aun los cuentos populares.

Según la leyenda, es el héroe desaparecido en las aguas profundas del *Selef*, el jefe de las cruzadas, del que Alemania esperó durante mas de un siglo la misteriosa vuelta, y cuya tumba ha creído vacía en los subterráneos de *Aix-la-Chapelle*.

Así es como creció y vivió en medio de fortunas contrarias para sucumbir, por último, bajo el odio mas implacable, *Federico II*, el hermano

1) *Trovadores*.

de los sabios, de los nigrománticos y de los poetas. Un día abandonó las verdes campiñas del *Hoenstaufer* por el cielo de la Italia, donde sus padres habían mecido su cuna. Encantado por las bellezas de sus nuevos dominios, rodeado de las seducciones del Oriente, sumergido en las embriagadoras voluptuosidades del harem, se despertó de repente al ruido del anatema pontifical. El viejo león suave sacudió su melena, y de un salto reapareció en aquella Germania, de la que un breve del Papa le robaba la corona: la campaña fué corta y decidida como la hacían los *Hoenstaufer*. Con esto después de haber castigado con su mano poderosa a los traidores y rebeldes, volvió a su retirada de *Luzera*.... Algunos meses después se cantaba en Roma un *Te-Deum* de agradecimiento por la muerte repentina de *Federico II*.

Los muros del antiguo castillo fueron también testigos de las ruidosas orgías de *Manfredo el Excomulgado*, y del último adiós de *Coradino*. De allí fué donde partió el intrépido joven, para volver a conquistar, no solo la corona imperial perdida para siempre, sino la de las dos Sicilias, que el Papa *Martin IV*, celoso de concluir con la raza maldita, había dado a *Carlos de Anjou*, que apenas tenía 16 años: su talle esbelto, sus cabellos rubios y flotantes, sus ojos azules recordaban al amor y admiración de los Suavos, los héroes de *Niebelungen*, cuyos fantasmas andan errantes todavía durante las pálidas noches de otoño sobre las cúpulas del *Reichberg*.

A su paso las madres le bendecían llorando, los hombres le daban la mano, las doncellas le saludaban con una dulce mirada: ¿no iba a defender contra la usurpación y la violencia los derechos de sus padres y el honor de su casa? Pero Italia era la *Circe* encantadora que debía devorar uno tras otro todos los hijos nobles del Norte. Apenas había saludado cordialmente con sus aclamaciones el estandarte de *Coradino* y de su primo *Lepoldo*, cuando siempre caprichosa y variable, olvidaba los juramentos hechos a los proscritos, y acogía con gritos de triunfo al vencedor de *Manfredo*. Las llanuras de *Tagliacozzo* vieron al águila de Austria y al león de Suavia abatido bajo la maza de armas de los caballeros de Francia, y cuando las dos nobles cabezas cayeron en el cadalso, la multitud commovida y espantada, honró como a mártires a los que no había sabido defender como hombres.

Este fué el último episodio del drama histórico, y casi siempre ensangrentado de la casa de *Hoenstaufer*: la obra del tiempo vino a completar las ruinas que la mano del hombre había hecho, y el antiguo castillo se hundió piedra por piedra, desapareciendo después por completo, durante la guerra de los aldeanos y de los anabaptistas. El nombre mismo de los herederos de *Barbaroja* y de *Coradino* iba a perderse entre las miles genealogías de los príncipes alemanes. Así flotaban mis pensamientos y mis recuerdos, mientras que atravesábamos lentamente, y a fuerza del vapor, las escarpadas cuestas de *Geislingen*. Bien pronto las montañas desaparecieron, y por una brusca transición hicieron plaza a un horizonte desnudo, deshabitado y casi sin límites. Llegábamos a la grande estension del Danubio, en medio de la cual se levanta como una hoguera sobre un extenso campo de batalla, *Ulma* con su nueva fortaleza. Abandonábamos apenas las belicosas tradiciones de la edad feudal, y ya la historia de ayer se apoderaba de nosotros. Desde la cuna de los *Hoenstaufer* al campo de *Ulma* no hay mas que un paso; pero un paso gigante, el de *Barbaroja* y *Napoleon*.

Antes de introducirnos en el camino monótono de *Ulma*, conviene echar una mirada retrospectiva sobre la corriente que nos proponemos seguir hasta su desembocadura y comparar entre sí estos países de aspectos y costumbres tan diferentes. Excursion es esta por demás fácil, y que puede hacerse en dos ó tres días. Un coche conduce a *Braimlingen*; después se dirige uno a pie a *Donauschingen*, pequeña ciudad de dos mil almas, que sería completamente olvidada, si no poseyese el castillo de los antiguos condes de *Furstemberg*, y en uno de los patios del castillo la mas impor-

tante de las tres corrientes del Danubio. Porque es de advertir que este gran río tiene tres corrientes, como el *Rhin*, como el *Pó*, como casi todos los ríos, término medio cómodo, que evita la molestia de distinguir con exactitud el curso del agua principal de los otros menos importantes. Por lo demás no hay aquí nada de la grandiosidad que dé al *Rhin* naciente un carácter poético; y a pesar de todo el lujo de la descripción clásica, sería preciso un inmenso esfuerzo de imaginación para colocar allí algun *Dios*, apoyando una mano sobre su urna inclinada, y durmiéndose al ruido engañoso de su onda misteriosa.

De un cuadrado de ladrillos formados en figura de pozo, sale un caño de agua poco mas grueso que el de un canelón en un día de tormenta. Atraviesa el patio, desigualmente empedrado y casi siempre lleno de yerbas, así como la muralla, y viéndose mas libre entonces, describe en el prado inmediato algunas curvas caprichosas, no tardando en recibir el tributo de otros dos arroyos, el *Bret* y el *Brigach*: reunidos los tres comienza el río. ¿Queréis además de esto añadir algunas palabras a esta partida de bautismo para que esté en regla y satisfaga a los mas exigentes? El patio del castillo hace frente al Sud-Este; el estanque está colocado a 6°, 10' de longitud por 47, 19' latitud Norte. Una inscripción en estilo metafórico, algunas piedras sobrecargadas de nombres oscuros, un gran silencio que interrumpe solo la voz de los paseantes, tal es el conjunto del cuadro que no deja de tener cierto interés. Pero ¿queda la curiosidad enteramente satisfecha? ¿No hay otra cosa que conocer? Y esos hilos de agua que forman un río de 800 leguas, de ¿dónde viene? ¿Qué reunión de montañas las abriga? ¿Qué ondina misteriosa se huelga allí?

Cuando por primera vez atravesé la Selva Negra, mi guía, valiente aldeano de *Badoes*, gran cazador y un poco contrabandista, después que hubimos pasado el *Valle del Infierno* y el *Titi-seco*, por entonces poco conocido, me condujo por veredas tortuosas y casi impracticables, hasta la pequeña ciudad de *Willingen*; una hilera de colinas cubiertas de abetos, y que una hora nos fué suficiente para atravesar, señalaba la separación del *Necker* de un arroyo, cuyo curso seguimos hasta la distancia de una ó dos millas. Entonces, formando una estrecha corriente, y perdido bajo las rocas, desapareció de repente, y mi guía me aseguró que aquel era el verdadero y único nacimiento del Danubio; el de *Donateschingen* no era, según él, sino una derivación subterránea. Me dijo, que mas de una vez había repetido, siendo muchacho, ese juego que se atribuye a los *Vieneses*, y que consiste en cubrir con una piedra plana ó una porción de yerbas, el caño por donde salía el agua en el patio del castillo, y entonces, añadió, la fuente de *Willingen* salía con una nueva fuerza, arrastrando en sus turbulentas aguas arena y légamo.—Como no estaba en disposición de repetir el experimento, y supuse que mi narrador no lo habría nunca ejecutado, sino que repetía una de esas ingeniosas mentiras que se transmiten mucho mejor que una verdad; debo referirme a las palabras de aquel buen hombre, y dejarle a él solo la responsabilidad. Al cabo no hay nada mas frecuente, ni mas sencillo, que esas corrientes subterráneas desviadas de su primera dirección por cualquier accidente; una piedra, un suelo permeable, raíces de árboles, y la naturaleza, en fin, al dividir al infinito, al formar los ríos y aguas que ella reúne en la cúspide de las montañas, en los huecos de los valles, ha guardado para sí los secretos y misterios que el hombre jamás penetrará.—El río entonces, humilde como todo lo que empieza, pasa por *Geislingen*, *Moringen* y *Tulingen*, donde os lo contará la leyenda del barón *Wilhelm de Halmstadt*. Llegó este un día de la Tierra Santa mendigando un poco de pan a su casa, que había pasado durante su ausencia a manos extrañas, y cantó un *Lied* cerca de su noble señora, que sin duda, no teniendo la virtud ó los recursos de *Penélope*, para consolarse de los aburrimientos de la viudez, se había casado aquella misma mañana, con el Señor de *Neussen*.

«Ellos van y vienen, están alegres, beben en mi copa, y regocijan en mi mesa..... Y yo, pobre y viejo, sentado en un rincón, disputando al perro de la casa los restos que me han arrojado con desprecio..... Ven, mi buen perro, tu eres el único al menos que has reconocido bajo estos andrajos «al soberbio Barón de Halmstadt,» y si no te encontraras ciego y tan quebrantado por la vejez, ya estarías quizá sobre mis rodillas..... ¡Ah! lo veo; te han dejado enflaquecer, y has recibido más puntapiés que huesos que roer, por el más insignificante de los criados..... ¡Eh! pero hé aquí mi señora mujer que pasa..... ¡Qué bella y elevada presencia tiene! ¡Vuelve de la capilla, y el grueso canónigo que la sigue, habla en voz baja con ese bravo Señor que ha venido á ser dueño de mi casa! Ellos me miran, todos se sonríen: ¿es por piedad?..... Les tenderé la mano, y les cantaré para dormirlos en su confianza..... ¡Tú, buen paje! tu me miras de muy cerca, porque te he reconocido bajo tu nueva librea, y á pesar de que seas grande y fuerte, hoy día como pequeño..... Yo te he llevado en mis brazos, á ti, hijo de la graciosa *Berthe*, que vivía allá abajo en la plaza, y que gustaba tanto el verla cuando mis perros regresaban á casa, y los clarines anunciaban mi llegada..... ¡Ah! mi buen Patron. ¿estoy, pues, castigado por lo que he pecado?..... «¡Vamos! vamos! les haré ver que el antiguo Señor no ha muerto en Palestina, y antes que haya cerrado la noche, el buho habrá cantado, y las palomas se recogerán.»

Esta leyenda me hacía entonces recordar la que oí cantar al atravesar el Taunus un día, ó, por mejor decir, una tarde que me marchaba de *Fulda* á *Eisenach*: son enteramente semejantes á las de Ulises, aquellas antiguas historias de maridos olvidados ó creídos muertos por causa de los largos días de ausencia ó de guerras, y que volvían bajo miserables andrajos, viejos y fatigados á su casa, donde otro había ocupado su puesto, ó iba á tomarlo..... ¡Y en cuán poco tendrán la indemnización reservada al hijo de Laertes! La moralidad de las baladas alemanas y de las fábulas francesas es menos consoladora, y como está casi siempre lo mismo, puede servir de argumento contra los que sostienen aun hoy día, que la edad media fué una escuela de virtud y la mejor del mundo.

Pasé rápidamente por *Tultingen*, olvidándome casi de que *Rautzaw* fué allí batido por *Mercy*, y que allí dejó como en otros puntos su sangre, en testimonio de su valor, las más veces desgraciado. Preferí mejor seguir las lindas revueltas del valle, y ver por todo él aquellas fábricas que llevan distraído al viajero, y procuran el bienestar á una población numerosa. La coquetería alemana tiene que elegir en *Tultingen*, y la suya se transforma allí bajo todos los fívolos aspectos que la moda reclama. Pero hé aquí el valle de *Luis* (*Ludwigsthal*), donde resuena el martillo del herrero, donde brama el agua del Danubio comprimida en un estrecho paso, para alimentar las reales fábricas. Allí bajo, los trajes *moirées* y fuertes como una armadura; aquí el hierro y el acero festoneados como encajes, y suaves como una muselina. Eran de nueva creación, la que se unía al atractivo del paisaje. Muy pronto tocamos en *Siegmaringe*; fácilmente consolado de la pérdida de sus príncipes que le cedieron á la Prusia, y cuando habíamos dejado en el río ó sus cercanías á *Munder-Kingen*, *Echingen* y *Erbach*, admirábamos aquí y allá una ruina, una casa aun en pie, una naturaleza siempre rica y variada; entramos á terreno llano, y volvimos á ver á *Ulma*, donde habíamos acordado hacer algunas horas de descanso.

Esta era en otro tiempo una poderosa y populosa ciudad. Allí pagaban los emperadores el derecho de portazgo y tenían sus leyes; en 1252, los habitantes de *Ulma* suministraron á *Conrado IV* un cuerpo de 4,000 hombres, magníficamente vestidos y armados, para ir á pelear contra *Guillermo de Holanda*, su competidor, y reunieron además un donativo de 6,500 marcos de plata, y 50 moyos (1) de vino. Mas tarde se encuentra

el nombre de *Ulma* mezclado en sangrientas dimensiones de la Reforma, y se la vé saqueada sucesivamente, y exigiéndosela impuestos por los aldeanos y los señores. Después, permaneció durante un siglo envuelta en la sombra y el silencio, levantando sus ruinas, borrando las señales del pasado y guardando la última aquellas corporaciones de *Minensingers* y aquellas *Lieds* tradicionales, donde resucitan con toda su pureza las creencias y costumbres de la *Suavia*. De esta suerte fué como pasaron felices, y parecieron muy cortos los años del siglo xvii y xviii. Las guerras que desolaron las orillas del *Rhin* y el *Palatinado* llegando hasta ella, la causaron más miedo que daño; y más tarde, si *Villars* y *Belle-Isle* la visitaron corriendo, la respetaron como una honrada reliquia de lo pasado. ¡Dichoso y pacífico olvido de donde salió un día al ruido que aun hacían á su alrededor las armas francesas! Señalada desde entonces como el primer mercado de los conquistadores en el camino de Viena, estuvo sin descanso ni tregua hasta el día en que 80,000 hombres encerrados en sus murallas por un círculo de hierro rindieron sus armas á *Napoleon*.

«El día siguiente, 20 de octubre de 1805, día para siempre memorable, colocado *Napoleon* al pie de *Michelsberg*, de frente de *Ulma*, vió desfilar por delante de él al ejército austriaco. Ocupaba un elevado declive, teniendo á espaldas su infantería formada en semicírculo en la vertiente de las alturas, y frente por frente su caballería desplegada en línea recta. Los austriacos desfilaban de dos en dos y depositaban sus armas á la entrada de esta especie de anfiteatro. Se había preparado un gran fuego de *vivac*, después del cual asistió *Napoleon* al desfile. El general *Mack* se presentó el primero, y le remitió su espada exclamando con sentimiento «¡Hé aquí al desgraciado *Mack*!»

Napoleon y sus oficiales le recibieron con la mayor cortesía, haciéndole poner á su lado. Los soldados austriacos antes de llegar á su presencia, arrojaron sus armas con un despecho honroso para ellos; pero se les apagaba este sentimiento bajo el de la curiosidad que se apoderaba de ellos al aproximarse á *Napoleon*. ¡Todos devoraban con la vista á aquel terrible vencedor, que después de diez años hacía sufrir tan crueles afrentas á sus banderas!.....» (*Thiers*, tomo IV).

¡Qué escenas!... qué recuerdos! qué de orgullo en ese triunfo! qué de odios acumulados lentamente y que un día se desbordarán!.... ¡Ah! dejemos ya estas páginas demasiado recientes; dejemos al conquistador que disponga de la victoria y distribuya las ciudades y las coronas como el labrador arroja el trigo en los surcos; dar *Ulma* á la *Baviera*, después aplicársela más tarde á *Wurtemberg*, que la ha guardado; y puesto que aun nos queda una hora, entremos en estas calles tortuosas, por medio de estos canales que conservan también la fisonomía de lo pasado; interroguemos á la catedral, noble rival de todo lo que el culto de nuestros padres conoció de más grande y de más atrevido en *Alemania*; detengámonos un momento para estudiar las vidrieras y sillerías; contemplemos sobre todo la torre, cuyas cinco coronas son un homenaje ó un recuerdo de la antigua *Suavia*: un poco más allá saludamos antes de dejar á *Ulma* la casa de Ayuntamiento y el tesoro artístico que encierra. Aquí, como en *Nuremberg*, se olvidan con gusto las horas y los días, y se querría de buena gana ser dueño de toda aquella poesía, aquella historia, cuyo libro abierto he tenido ante mis ojos.

Dejarémos al valle del Danubio dirigirse al Nordeste, diseñando un país rico y fértil, entrecortado de bosques, de ríos y praderas. El seguirle ahora nos alejaría mucho de nuestro camino, y es necesario renunciar, al menos por el momento. Como ya lo había recorrido, me apresuré á consignar en mi diario todo lo que podía ofrecer algún interés al viajero. El espacio comprendido entre *Ulma* y *Luibi* está marcado por las grandes estaciones de *Hochstædt*, de *Donnanwerth*, de *Ingolstadt*, de *Ratishonne*, y de *Passan*. Basta citar estos nombres para comprender todo lo grande de los recuerdos que encierran. Pero con solo algunas líneas no podemos dar de ello una idea

exacta. Por lo que prefiero volver á tomar en *Ulma* el camino de hierro que en 3 horas nos ha de trasportar á *Ausbourg*, y poco después á *Munich*.

Bien pronto pasamos las nuevas murallas, dejando á la izquierda la ciudadela y la puerta de *Blanbeuren*. Hoy día que se encuentran concluidos enteramente, estos trabajos han hecho de *Ulma* una de las plazas fuertes de la Confederación Germánica, las que se encuentran ocupadas por una guarnición que suministran simultáneamente el *Austria*, la *Baviera* y *Wurtemberg*. Los acontecimientos de 1805 les ha servido de consejo, y en todos los puntos donde desembocan los caminos que vienen de Francia á *Alemania*, se han multiplicado los obstáculos militares.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuacion.—Véase el núm. 4.º)

VI.

Comprendí por lo tanto cuanto me lo permitían mis facultades, que existía en aquellos libros, hojeados sin cesar por sus piadosas manos por las mañanas y las noches, una literatura sagrada, á favor de la cual, y en ciertas páginas que contenían secretos superiores á mi edad indudablemente, el ser que llamaban Dios, hablaba con las madres y estas con él. Ese fué mi primer sentimiento literario, y se confundió en mi pensamiento con algo de santo que vagaba en la frente de aquella santa mujer, cuando abría ó cerraba los misteriosos volúmenes.

VII.

Bien pronto los primeros estudios de idiomas, principiados en la casa paterna, y luego lecciones más serias y metódicas en las escuelas, me revelaron que había un mundo de palabras y de idiomas diversos, llamados algunos, lenguas muertas, que resucitaban laboriosamente, para buscar, como un tuétano eterno escondido entre huesos disecados por el tiempo, y otras que se llaman vivas, y que las sentía vivir efectivamente en torno mio.

Pasaremos esos primeros años en que los chicos quisieran que no se hablase más idioma que el que balbucean entrelazados de besos, en el regazo de sus amas ó sobre las rodillas maternas. Esos años fueron tal vez más amargos para mí que para otro cualquiera; pues mientras más dulce es el nido guarecido bajo el árbol ó el ala de la madre, más detesta el pajarillo los alambres de la jaula, en donde escucha aires ficticios y que debe repetir sin comprenderlos. Sin embargo, á pesar de la rudeza del aprendizaje, principié á encontrar de tiempo en tiempo un placer severo en aquellas narraciones patéticas y aquellos hermosos pensamientos, que nos hacían exhumar palabra por palabra de las lenguas muertas; desprendiéndose de ellas, de tiempo en tiempo, un soplo armonioso y fresco como cuando se derriba la puerta de una cueva herméticamente cerrada por espacio de largos años. Una imagen campestre ó un sentimiento pastoral de *Virgilio*, una graciosa estrofa de *Horacio* ó de *Anacreonte*, un discurso de *Thucydides*, una varonil reflexión de *Tácito*, ó un período inagotable y sonoro de *Cicerón*, me trasportaban, á pesar mio, hácia otros tiempos, otros lugares y otros idiomas; y me proporcionaban un placer algo duro, pero era un placer precoz que debía endulzar más tarde los días de mi existencia. Era, según recuerdo todavía, como una consonancia lejana y confusa; pero una consonancia, en fin, entre mi alma y aquellas que me hablaban al través de los siglos.

VIII.

Desde aquel día, la literatura hasta entonces maldita, me pareció un placer á dura costa adquirido; pero que valía mil veces más que el trabajo que se nos impone para adquirirlo.

(1) Medida mayor para los líquidos, que contiene 133 azumbres.

Los áusteros años de dichos estudios pasaron como os he dicho. Los primeros ensayos de composición literaria que nos hacían escribir, en griego, en francés y en latín, añadieron bien pronto á el placer pasivo, el placer activo de producir nosotros mismos con aplauso de nuestros maestros y nuestros émulo; pensamientos, imágenes; sentimientos y reminiscencias más ó menos felices, de composiciones antiguas que nos habían enseñado á admirar. Recuerdo aun el primero de esos ensayos descriptivos que me valió, al par que la aprobación del profesor, el entusiasmo de la escuela.

Nos habían dado por testo una descripción de primavera en el campo. La mayor parte de mis condiscípulos habían nacido y se habían criado en las ciudades, y no conocían la primavera más que en los libros. Sus composiciones algo banales estaban llenas de imágenes bucólicas, de arroyos, rebaños, pájaros, pastores sentados sobre hayas tocando aires campestres en sus churumbelas, y praderas esmaltadas de flores, entre las cuales revoloteaban multitud de abejas y mariposas. Todas esas primaveras eran italianas ó griegas, y se parecían unas á otras como la misma fisonomía reproducida por veinte espejos diferentes.

Yo había sido criado en el campo, en la áspera comarca que acabo de describir; no había visto en torno de la rústica y desnuda casa de mi padre ni los naranjos con sus frutos de oro, sembrando sus flores ante mis pasos, ni los claros riachuelos saliendo á borbotones de entre la sombra de los bosques de hayas, para derramar su lechosa espuma en las floridas pendientes de los valles; ni los hermosos rebaños de terneras lombardas casi hendiendo sus nalgas doradas ó alabastrinas entre la espesura de la yerba, ni las abejas zumbando entre los citisos amarillos y los laureles-rosas.

A no ser tomando todas esas imágenes en mis libros, lo que me repugnaba como un latrocinio, ó como una mentira, tenía que describir una primavera tan pobre y árida como la de mi país. No encontraba en aquella naturaleza indigente ninguno de esos colores poéticos que la desnudez de la tierra y la aridez de sus rocas decrepitas me negaban.

Resolví, pues, no describir la naturaleza imaginaria y pintar la primavera en las impresiones, en el corazón y en el trabajo de los labriegos, tal cual los había visto durante los felices años de mi infancia en la aldea en que me había criado; comprendiendo desde luego que mi composición sería la más seca, y que el maestro y mis condiscípulos se apiadarian de la pobreza de mi pincel. Sin embargo, tomé la pluma como mis rivales, y escribí con toda la humildad, pero con toda la brillantez de estilo que poseía, mi primera composición. En vez de la ficción, que siempre es fría, sirviome de musa, como suele decirse, la memoria de aquellos lugares queridos, y ella fué quien me inspiró.

He encontrado hace poco tiempo esa composición infantil, escrita con una letra tan redonda como poco cursiva, en uno de los cajones del pupitre de nogal que poseía mi madre, y que mis maestros la habían enviado para que gozara con los progresos de su hijo. Podría copiarla entera; pero me contento con abreviarla sin cambiar una letra. Confieso que si tuviera que escribirla hoy, la haría tal vez más magistralmente, pero puede ser con menos sentimiento de verdad en ella.

He aquí mi obra maestra.

IX.

«El gallo canta sobre el estiércol del camino, en medio de las gallinas que separan la paja con sus patas para encontrar el grano que el mazorcador ha dejado casualmente entre la espiga cuando la han apaleado en el hórreo.—El pueblito se despierta á su alegre canto. Se ven salir las mujeres y las jóvenes medio vestidas á las puertas de las cabañas y arreglarse sus largos cabellos con peines de boj, que los alisan como si fueran otras tantas madejas de seda; se inclinan sobre el brocal de los pozos, para lavarse los ojos y las mejillas, en los cubos de cobre que

se elevan desde su fondo hasta las manos, por medio de una cuerda pasada al través de una garrucha.

»Se siente el tibio soplo del venticillo del mes de mayo como si fuera el aliento de un niño que se despierta, y seca en sus semblantes y en sus cuellos los húmedos mechones de sus cabellos.— Se las vé en seguida esparcirse en sus jardincitos bordados de saucos cuya flor se asemeja á la nieve, que no ha sido aun calentada por el sol; y cogen aletíes que prenden en sus mangas para aspirar su aroma mientras trabajan todo el día.

»Las golondrinas, que no há mucho han vuelto de países desconocidos, en los cuales hacen otro nido en los inviernos, no han emprendido su vuelo todavía; están formadas en hileras sobre las canales que circunvalan los techos, á fin de saludar primero el sol que no tardará en salir, ó para humedecer sus picos en el agua que la última lluvia ha dejado en ellos; se diría que es una cornisa animada que rodea el tejado, y que formula un imperceptible murmullo parecido á las palabras que baluceamos en sueños, como si esas aves encantadoras que tanto aman la morada del hombre, tuviesen miedo de despertar á los niños que duermen en las habitaciones altas.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

LA PASCUA DE REYES.

La Navidad es y será siempre una de las grandes solemnidades del cristianismo, la fiesta popular por excelencia, la fiesta del pobre, del débil, del pequeño, con su noche misteriosa, sus coros de pastores y de ángeles, y su humilde aparato del pesebre y del establo. Termina la adoración de los Santos Reyes esta festividad encantadora, tan perfumada de paz y de amor. La orgullosa sabiduría del siglo, y el indiferente desprecio del impío, no cubrirán jamás esa conmemoración tan dulce y tan consoladora.

El jueves 6, la augusta Reina de las Españas Doña Isabel II, acompañada de su esposo el Rey, rodeada de su brillante corte, se ha postrado ante el altar de la Capilla Real, para ofrecer al niño Dios, siguiendo la antigua tradición que le han legado los católicos monarcas, sus precesores, tres cálices con oro, incienso y mirra, en piadoso recuerdo de los dones que diez y nueve siglos hace fueron á ofrecer al Salvador de la humanidad los Magos del Oriente.

En el otoño que precedió al nacimiento de Jesucristo, algunos Magos caldeos, sabios en la astrología, descubrieron una gran estrella en la que reconocieron la estrella de Jacob, anunciada por los profetas, y que debía brillar al nacimiento del Hijo de Dios. Según las antiguas tradiciones de Zoroastro, un niño divino destinado á cambiar la faz del mundo, debía de nacer de una Virgen pura é inmaculada en la parte más occidental del Asia. Debía anunciarse aquel acontecimiento en el cielo por una estrella desconocida, y á su aparición los Magos debían llevar presentes al Niño Rey.

Tres de los Magos más sabios de Babilonia, cumpliendo la voluntad de Zoroastro, se prepararon á marchar así que apareció la profetizada estrella.

Salieron de Babilonia, penetraron en el arenoso desierto de la Palestina, viendo siempre sobre ellos, y tal como la columna misteriosa que conducía hácia el mar rojo las turbas fugitivas de Israel; brillaba la estrella del Mesías, nuevo astro que no obedecía las leyes inmutables que rigen los globos celestes: no tenía regla ni movimiento propio, y se adelantaba á la cabeza de su numerosa caravana, siguiendo siempre una línea recta al Occidente, ya permaneciendo inmóvil encima de las tiendas levantadas por la noche, y al alba daba la señal de marcha como había dado la de alto.

Al fin llegaron á Jerusalem, y la estrella desapareció cual una criatura inteligente que descubre un peligro. Se encontraron desorientados cual

los antiguos marineros cuando una nube les ocultaba la estrella polar un momento. Nada revelaba en Jerusalem el nacimiento del niño que de tan lejos venían á adorar.

Preguntan á los grupos que se forman para ver pasar á los que se conocía ser Sátrapas de Persia, por sus ricos vestidos y turbantes enriquecidos de piedras preciosas, y nadie les da razón de donde estaba el Rey de los judíos recién nacido, cuya estrella habían visto en Babilonia. Herodes era el Rey de los judíos, y Herodes no tenía ningún hijo en la cuna...

Herodes era odiado del pueblo, ni era el ungido del Señor, ni el elegido de la nación: una rama de laurel recogida en el recinto idólatra del capitolio, era su corona tributaria; corona de esclavitud comprada á costa de las economías del rico y de la indigencia del pobre, así es, que á la llegada de aquellos extranjeros de gran apariencia, que sin misterio ni precauciones preguntan por el Rey de los judíos recién nacido, cuya estrella habían descubierto, Herodes tiembla y redobla sus precauciones de crueldad y espionaje.

El rey Mesías, por quien preguntaban los Magos llegados del Oriente, ¡es la libertad! es la conquista; es la gloria! es la bandera de Judá flotando como dominadora en el mundo vencido!

Creía Herodes que el heredero de los reyes de Judá iba á subir al gran trono de David y de Salomón, y arrojar de él á la dinastía de Herodes. Recuerda las fatales predicciones que para su dinastía han hecho circular los fariseos, y consulta las antiguas profecías de que hasta entonces no se había cuidado.

Por ellas vió que concluía la última semana de Daniel; que habían llegado los tiempos del Mesías que debía de nacer en Belén de Judá.

Para no dar consistencia á una noticia que quería ahogar, no recibe en público á los Magos; los llama en secreto; se informa de la época de la aparición de la estrella, y los despide encargándoles vayan á adorar el Niño, y luego le informen para rendirle el igual respetuoso homenaje.

Salieron los Magos de Jerusalem, y á poca distancia de sus muros volvieron á ver en su cenit un punto brillante, la prodigiosa estrella que hasta entonces los había guiado.

Con la certeza de estar ya en seguro camino, continuaron su marcha con nuevo ardor. Iban ya á entrar en la ciudad de David cuando la estrella, inclinándose hácia el Mediodía, se detuvo repentinamente encima de una caverna abandonada, que era un rústico establo, y descendiendo más en el aire se posó sobre ella. La vista de aquel astro inmóvil, cuyos rayos caían sobre aquella gruta, llenó de fé á los Magos, y grande fué para reconocer al Mesías en un niño desnudo, acostado en un pesebre, y cuya Madre, aunque hermosa y llena de gracia, evidentemente era de oscura condición.

Los adoradores del Sol, á quienes venía á salvar la cruz, penetraron en la gruta con tanta veneración como en sus templos suntuosos. Según la costumbre de su pueblo llevaron á sus frentes el polvo del suelo, se descalzaron sus ricas sandalias, y adoraron al recién nacido como todo hijo de Oriente adoraba entonces á sus dioses y señores. Abrieron las cajas que contenían los presentes, y ofrecieron al Niño oro purísimo de Nínive, incienso y mirra, que cambiaban con los frutos y perlas de los árabes del Yemen.

La cuna de aquel que venía á abolir los sacrificios de la Sinagoga no podía ser manchada con sangre: los Magos no inmolaron ni corderos sin mancha, ni blancas terneras; le presentaron oro, como á un príncipe de la tierra; mirra é incienso como á un Dios, y despues humillaron sus frentes en la tierra ante María que les pareció bella como la luna, y humilde y casta como la flor de la azucena.

Los Magos, á quienes despues de adorar al Mesías niño nada detenía en Judea, se prepararon á salir de Belén, y, según su promesa, á hacer saber á Herodes á dónde se hallaba el Mesías; pero el Ángel del Señor les advirtió en sueños los negros designios del pérfido rey, y les mandó cam-

biasen de camino. Así lo hicieron, y evitando el paso de Jerusalem, tornaron á los pintorescos países plantados de palmeras, y que bañan el Ben-Emir y el Eufrates.

La Iglesia ha conservado el nombre de estos tres Santos Reyes, MELCHOR, GASPARY BALTASAR, los que en el año 70 padecieron el martirio por la fé de Cristo, á quien habian tenido la dicha de conocer los primeros en el establo de Belen. En la catedral de Colonia, se conservan las cabezas de estos Santos Magos en un preciosísimo relicario, y esponiéndose con gran pompa solo el dia de la Epifanía á la veneracion pública.

Se ha dado á la fiesta de los Reyes el nombre de Epifanía, que quiere decir manifestacion, porque la Iglesia celebra el gran misterio en que el Hijo de Dios se manifestó á los gentiles en la persona de los Magos.—Además de la vocacion de los gentiles celebra la Iglesia en el mismo dia otros dos misterios: el bautismo de Jesucristo en el Jordán, y el milagro que hizo el Señor convirtiendo el agua en vino en las bodas de Canaan. Tambien á estos dos misterios les conviene el nombre de Epifanía ó manifestacion, puesto que si el Salvador del Mundo se manifestó á los Magos del Oriente por medio de una estrella; en el bautismo de Cristo se declaró su divinidad mediante una voz del Cielo, y en el primer milagro efectuado en las bodas de Canaan demostró el Verbo eterno su omnipotencia.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Mecánica.—Del movimiento continuo.—Reflexiones sobre este absurdo problema.

Antes de emprender el estudio de los secretos de la naturaleza, de popularizar en la esfera de sus aplicaciones, ese cúmulo de verdades y hechos científicos, que son la gloria de nuestra época, el resumen de los progresos de los tiempos pasados, y legítimas esperanzas para lo porvenir, creemos noble intento el señalar las invenciones positivas, y las sendas que á ellas pueden conducirnos, y combatir al propio tiempo la ignorancia, tratando de desvanecer errores admitidos y acreditados, no solo entre los jóvenes y artesanos que dan principio á sus estudios y ocupaciones profesionales, sino tambien entre personas de posicion y recto juicio, que aceptan como suceso posible, la realizacion de descubrimientos de una imposibilidad absoluta, y que deben relegarse al olvido, apartando así de sendas funestas, en cuyo término solo encuentran su ruina y el triste desengaño que procura la solucion de absurdos problemas, á un gran número de personas, que distraiendo su aptitud natural y su constante laboriosidad de las vías racionales que las ciencias con sus prescripciones y sus progresos les indican, se empeñan en seguir un camino funesto, ocasionado á tristísimos desengaños.

Animados de buena fé, ávidos y fascinados por la esperanza de inmensos beneficios, ó tal vez ganosos de alcanzar gran renombre, en todos los países, y en España mas quizás que en otras naciones, existe un gran número de personas que se dedica con gran perseverancia al descubrimiento del *movimiento continuo*, encontrando en muchas ocasiones el apoyo de autorizados capitalistas para continuar sus absurdas investigaciones, y casi siempre, la duda, no la justa reprobacion de la prensa, la cual nos dá á conocer la residencia y el nombre de los sujetos que tratan de efectuar un descubrimiento condenado, no solo por la ciencia, sino por el sentido comun. Este espectáculo, por doloroso que nos sea confesarlo, revela una ignorancia inconcebible de los principios mas elementales de la fisica y de la mecánica, y es prueba irrecusable de la importancia del propósito que hoy nos anima, que no es otro que el de contraer la atencion de nuestros lectores sobre un problema absurdo, constante preocupacion de infinitas personas, para

que con su propio convencimiento, nos ayuden á combatir errores indignos de nuestra época, y de los cuales, por honra de nuestro pueblo, no quisiéramos oír hablar.

¿Qué se entiende por *movimiento continuo*? ¿Qué pretenden encontrar los que á este descubrimiento se dedican? Demos breve contestacion á entrambas preguntas: por *movimiento continuo*, se entiende naturalmente, un movimiento impreso á un cuerpo que jamás se estinga, y que, por lo tanto, anime sin cesar al cuerpo dotado de aquel; pero los que se ocupan del *movimiento continuo*, los que tratan de resolver este problema, anhelan encontrar un aparato, una máquina, que funcione constantemente, sin sentir la necesidad de recurrir al esfuerzo continuo de ningún motor; es decir: tratan de construir una máquina que se ponga y continúe en movimiento por sí misma; quieren, negándose á admitir los hechos todos de la naturaleza, que las sustancias materiales adquieran por sí propias una impulsión, sin tener en cuenta que la materia es *inerte*, y que su inercia se opone á todo cambio, bien sea en el estado de reposo, bien en el de movimiento. Olvidan lastimosamente que en el mundo en que vivimos, existen obstáculos, tales como la resistencia del aire, y el rozamiento que se origina entre los cuerpos en contacto, cuyos obstáculos, á la par que la inercia de la materia, se oponen al movimiento de esta sin el auxilio de una fuerza exterior, siendo causa, igualmente, de que todos los movimientos se apaguen prontamente, porque existen, por las causas apuntadas, pérdidas constantes en los esfuerzos impresos á la materia, cuyas pérdidas originan, por fin, su reposo. Es evidente que existe una fuerza que sin cesar nos atrae hacia el centro de la tierra, como atrae á cuanto nos rodea; no es menos evidente que ella pone en movimiento los astros sin encontrar obstáculo ninguno en los espacios celestes; pero esta fuerza única, eterna, solo pertenece á Dios. El hombre, á la par que es muy pequeño para comprender el principio de la vida, esa causa misteriosa de los seres organizados, que permite á los hombres y á los animales, pasar por sí propios, sin extraño auxilio, del estado de reposo al de movimiento, y de este á aquel, debe comprender, segun la magnífica asercion del sabio Palisy, «que existen secretos en la naturaleza, que Dios reserva para sí.»

Nuevas y sencillas consideraciones pondrán de manifiesto el absurdo propósito de los que se ocupan del *movimiento continuo*. Las máquinas que tantos servicios reportan al hombre, no han creado, no crean, ni podrán crear fuerza; lo que sí hacen es transmitir, segun las condiciones de un problema dado, la accion de los agentes que las fuerzas naturales ofrecen al hombre, así como la accion de este y de los animales, procurándole medios para llevar á cumplido término trabajos y operaciones industriales, que no podria realizar sin el concurso de las máquinas. Pero en estas, cualquiera que ellas sean, el trabajo motor que se les aplique, será siempre superior al trabajo útil que con su ayuda se recabe, puesto que á mas de esta última cantidad, tendrá que vencer el motor aplicado á la máquina, el trabajo de los obstáculos que se oponen al movimiento de los aparatos, y á los cuales nos hemos referido anteriormente, y que absorberán por cierto una fraccion mas ó menos importante del esfuerzo trasmitido por el motor á la máquina que se considere.

Si nos ocupásemos en examinar la combinacion de los mecanismos propuestos por los que se dedican á descubrir el *movimiento continuo*, veriamos puestas en ejecucion absurdas construcciones, solo ideadas por haberse puesto en olvido los preceptos elementales que hemos anotado. Es cierto que han existido mecánicos hábiles que por medio de aparatos ingeniosos han compuesto mecanismos que han funcionado durante muchos años, y hasta siglos, como ha sucedido con el famoso reloj de Strasburgo; pero no es menos cierto que, á pesar de haberse conseguido estos fines, las combinaciones á las cuales nos contraemos por sus resultados, comprueban la exactitud de las verdades mecánicas que hemos es-

puesto. Recordamos en este momento el célebre reloj, espuesto en 1855 en Paris, en el palacio de la Industria, y pedido por el emperador Napoleon I, á un eminente relojero de Paris, diciéndole que deseaba un reloj que anduviese *continuamente sin necesidad de darle cuerda*. En efecto, el artifice cumplió los deseos del emperador, y combinó un reloj que anda hace ya medio siglo, y que andará sin cesar, con tal que cada dos ó tres días, metido en el bolsillo, el sujeto que le posea dé un paseo de algunos minutos, puesto que el movimiento originado por la marcha de aquel se comunica á una palanca oculta en el reloj, y cuyas oscilaciones hacen, respecto al resorte, el mismo efecto que la llave en los relojes comunes. Hé aqui el secreto de este célebre reloj, cuyo valor ascendió á sesenta mil francos.

Puesto que es imposible encontrar el *movimiento continuo*, y que el sentido comun y los principios elementales de las ciencias así lo prueban, ¿cómo podremos esplicarnos esas tentativas jamás realizadas, pero siempre constantes, de los que á su descubrimiento se dedican? Fácil nos será contestar á este reparo: el afan de riquezas tiene desgraciadamente grande influencia sobre la organizacion del hombre; por dilatados años ha buscado este la piedra filosofal, ha pretendido trocar aquella materia en oro; y hoy que los progresos de la mecánica, ponen de manifiesto la importancia de las máquinas, ofuscado por el afan de enriquecerse, trata de dar fuerza á la materia, desoyendo los consejos de la ciencia, y olvidando el examen de los hechos físicos que á su alrededor se manifiestan.

El estudio y el trabajo, hé aqui los dos elementos á los que deseamos que recurran los que anhelan honores y riquezas; los progresos de la industria, las necesidades sociales de nuestra época y las aplicaciones científicas que se suceden á todos, así al artesano, como al ingeniero, lo mismo al industrial que al hombre de negocios, á todos, repetimos, abren dilatado y fructífero campo que explotar. En él recogeremos frutos positivos y gloriosos, no los tristes desengaños que solo recabarán cuantos, desoyendo los preceptos de la ciencia, se dedican á descubrimientos absurdos, pretendiendo en su insensatez parodiar la marcha eterna de la naturaleza, cuyos misterios podemos penetrar, mas no crear.

ARTE DE DOMAR LOS CABALLOS

POR J. S. RAREY,

EL DOMADOR.

PRECEDIDO DE UNA INTRODUCCION

Por F. de Guaita.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR F. P.

PROLOGO.

Hace seis ó siete meses, si no nos engañamos, se divulgó que acababa de llegar á Europa un americano dotado de un poder singular. Decian que poseia el arte de domar completamente en una hora el caballo mas indócil ó el mas asustadizo; y despues de este tiempo, que podía encerrado con el animal, aparecia montado sobre él, tocando un tambor, ó agitando una bandera ante sus ojos, y haciéndole hacer todo lo que ordinariamente hacen los caballos domados y exentos de toda falta.

Su método era un secreto; pero mediante la suma de doscientos cincuenta francos, pagada al contado, se encargaba de enseñárselo á los aficionados, con la condicion de guardar un secreto tan precioso; y comprometerse, caso de no guardarlo, á pagarle una multa de doce mil quinientos francos.

La especulacion era excelente; porque se dirigia á la vez á los picadores de caballos, que no podian dejar pasar desapercibida la ocasion de aumentar sus medios de accion; y á esos inocentes *sportsmen* que un periódico ilustrado los representaba no há mucho tiempo paseándose en las tardes de las corridas, por los bulevares,

con su billete en el sombrero. Los unos se harían iniciar por interés real y verdadero, mientras que otros más nombrados, lo harían, tal vez, por ser el único medio de llamar la atención sobre ellos, y un motivo de llevar un aire misterioso é importante mientras no fuese conocido el famoso método.

No fué esta vez, como sucede muy á menudo, una truhanería destinada á dar algunos chascos, y terminar á carcajadas á espensas de las víctimas, de la notable credulidad que distingue á los papamoscas parisienses. Era verdaderamente un descubrimiento real, cuyo valor se probaba todos los días con repetidos sucesos, proclamando los iniciados en él, su eficacia y su perfecta inocuidad. Cubriéronse rápidamente las listas de suscritores, y *Mr. Rarey* empezó á hacer una magnífica fortuna, cuando aconteció un incidente singular, y fué: que, en una de las secciones del profesor en Londres, uno de sus discípulos, llamado *Mr. Leslie*, presentó un folleto escrito en 1856 por *Mr. Rarey*, sobre el arte de domar los caballos salvajes, quejándose amargamente de que hubiese hecho pagar doscientos cincuenta francos por un secreto que cualquiera podía comprar por seis *peuce*; y lo que parecía irritar más al honorable *gentleman*, era que, mientras que todos aquellos que podían disponer de seis *peuce*, tenían el derecho de contar al que se le antojase las maravillas del sistema; él, que había pagado diez libras esterlinas, se encontraba en la precisión de guardar silencio ó pagar la multa de quinientas guineas.

Interpelado *Mr. Rarey* sobre dicho trabajo, contestó que era verdad que había hecho imprimir en América un folleto en el cual explicaba su método, y que la ausencia de todo trato internacional, le ponía en la imposibilidad de oponerse á la reproducción de su obra. Pero, que después de escrito este folleto hacia tres años, había descubierto un nuevo sistema más estenso; porque el primero no contenía las nuevas perfecciones que había creído útiles adoptar en su nuevo método posterior.

Estas explicaciones no fueron suficientes para calmar la irritación general: algunos de los iniciados trataron de hacer doblar la cerviz á *Mr. Rarey*, y de obligarle, sobre todo, á renunciar á la cláusula penal en que habían consentido, en caso de divulgar el secreto. La prensa británica fué el eco del resentimiento de los *sportsmen*, y confesamos, que bajo la enojosa impresión en que nos puso aquel concierto de sarcasmos y maledicencia, juntamente con el escándalo que hicieron correr, de que el profesor había huido á América con su bótín, en vez de guardar legalmente la decisión; apreciamos en el periódico *La Union*, la conducta de *Mr. Rarey* con una severidad inmerecida. El mismo día que publicamos nuestro artículo, *El Times* publicó la siguiente carta:

Señor Director de *El Times*.

«Muy Señor mío y de mi mayor consideración: A mi vuelta de París, después de una ausencia de diez días, ha llamado mi atención algunas cartas publicadas en varios periódicos, concerniente á la promesa exigida á mis suscritores. Yo les hago saber que los liberto completamente de la cláusula penal á que estaban sujetos, y que siento sinceramente que lo que debía ser una protección para mí, haya sido una causa de disgusto para mis discípulos.

«En cuanto á el folleto que se ha puesto en circulación en Londres sin saberlo, y sin mi conocimiento, ha sido escrito hace tres años, apenas descubrí mi primer sistema, que no contiene más que una descripción débil é imperfecta.

«Fué impreso con la intención de hacerlo circular privadamente en mi país natal, que es *l'Ohio*, y lo creía enteramente desconocido en *New-Yorck* y en otras ciudades de los Estados Unidos, porque nunca he dado lecciones por mi sistema, más que en *l'Ohio* y en el *Texas*, donde he hecho mis experimentos con caballos salvajes, mulas, etc.; ni creo que un libro escrito pueda enseñar mi sistema tan bien como una hora de lección.

«Termino declarando que jamás he enseñado á nadie, ya sea en América ó en Europa, sin haberle exigido antes una promesa bajo una cláusula penal de no divulgarlo, y que los solos folletos que han visto la luz pública, son los que he dado á mis discípulos de América cuando concluían de aprender.»

J. S. RAREY.

Esta carta es evidentemente sincera: al dejar á sus discípulos americanos, les daba á cada dos de ellos un ejemplar de sus folletos para fortalecer su memoria. El folleto que fué enviado á Inglaterra, sería probablemente vendido entre otros, después de la muerte de alguno de sus discípulos. De otra manera, si este folleto hubiese tenido publicidad en América, ¿cómo se explica que no hayamos tenido conocimiento de él en Europa, después de más de seis meses que trabaja *Mr. Rarey* en Francia é Inglaterra, siendo respetado su nombre por la prensa de ambos países?

A pesar del mal resultado que obtuvo el célebre domador con el caballo padre llamado *Stafford*, que algunos días después de haberlo domado, se volvió tan rebelde como antes; la eficacia de su método es incontestable, porque la excepción confirma la regla.—*Stafford* era un caballo ya de edad, al cual una ó dos lecciones no le bastaban probablemente, y no pudieron someterlo de nuevo al mismo tratamiento, porque, los que le domaban, ignoraban de todo punto el sistema.

Este suceso desgraciado está compensado por la admirable victoria alcanzada en el caballo padre *Cruiser*, que era uno de los animales más viciosos que han existido. Nació en 1852 en casa de *lord Dorchester* de *Venison* y de *Little Red Rover*: *Cruiser* había demostrado siempre un carácter detestable. Habían estado tres años sin montarlo, viéndose obligados á tenerlo constantemente amarrado. Su propietario contaba que lo había visto apoyarse contra el tabique de su cuadra coceando y aullando por espacio de diez minutos; y que en un acceso de cólera había arrancado de un bocado un pedazo de una barra de hierro lo menos de una pulgada de diámetro.

La compañía del Sud de *Rawliffe*, que había ensayado el emplearlo para montar, se vió obligada á renunciar á este medio, porque ningún *groom* se atrevía á acercarsele.—Lo entregaron á *Mr. Rarey* que en tres horas le domó tan completamente, que no salamente él, sino *lord Dorchester*, lo montaron en seguida sin dificultad alguna, y al día siguiente *Mr. Rarey* lo llevó á Londres en una carretela, y sus accesos de locura desaparecieron.

(Se continuará).

CRÓNICA ESTRANJERA.

Las noticias que nos llegan de casi todos los puntos de Europa, nos demuestran el diverso estado de que gozan en la actualidad las naciones del continente. La Francia, por ejemplo, ve asegurada su dinastía con el príncipe imperial, y fuerte, rica y prepotente en términos de ocasionar recelos á la orgullosa Inglaterra, dedicase al aumento de goces interiores, protegiendo las artes y el comercio, fomentando las ciencias y la literatura, y tendiendo mano amiga á sus preciosas colonias. En estas últimas, según el periódico francés *La Patrie*, se hallaba recientemente, en la parte del Sud de la Argelia, el general Desvaux organizando la tribu árabe de los Ouled-Zit, y según otro periódico también francés, *Le Moniteur de l'Armée*, las graves cuestiones pendientes en Oued-el-Kebir terminaban satisfactoriamente. Nada prueba tanto el halagüeño estado interior de que el imperio francés hoy disfruta, como el afán con que sus súbditos toman parte en todas las empresas, y surcan con sus naves todos los mares, llenando de mercancías francesas todos los países. Véase lo que acontece con la célebre empresa de *Mr. de Lesseps*, que se propone abrir el istmo de Suez, ofreciendo con la realización de este proyecto ventajosísimos resultados al mundo entero. *El Journal des Debats*, refirién-

dose, en uno de sus últimos números, al periódico titulado *L'Istme de Suez*, dice que solo el número de suscritores franceses á la compañía de *Mr. Lesseps*, se eleva hoy á 21,035. Batallones enteros toman parte en tan útil proyecto. De las 400,000 acciones en que se divide el capital social, solo la Francia ha cubierto 220,000. En fin, el periódico oficial del vecino imperio, que, como es sabido, lleva por título *Le Moniteur*, ha publicado hace pocos días una memoria sobre la situación económica de Francia, la cual no puede ser más halagüeña. No se crea aseguremos con esto se hallen satisfechos los partidos políticos contrarios á las ideas que hoy predominan. Rara vez los partidos políticos aprueban la marcha de los gobiernos que no han salido de su seno, ó no representan sus ideas.

En cuanto al Austria, su tranquilidad sería perfecta, si no la alarmara la agitación que conmueve al reino Lombardo-Veneto. En efecto, según la *Opinione* de Turin, se han hecho algunas prisiones en Milan y en Pavia, reforzándose en esta última ciudad la guarnición por temor á cualquier disturbio. También se ha hablado de un rompimiento con Cerdeña, como acontecimiento no lejano; pero *El Globo*, refiriéndose á correspondencias fidedignas, ha asegurado que el gobierno piamentés había dirigido á sus representantes en el extranjero una nota, desmintiendo los rumores circulados respecto á declarar la guerra al Austria.

Los Estados Pontificios, viendo todavía dentro de sus límites las armas francesas; la Grecia, continuando lentamente su tarea de regeneración moderna; la Bélgica, Hannover, Dinamarca y Suecia, sin graves acontecimientos en su vida política; la Prusia señalando apenas las nuevas vías constitucionales por las que debe dirigirla el recién nombrado Príncipe-regente; la Rusia, en fin, continuando su grandiosa tarea de la emancipación de los siervos, como nos comunican el *Diario de San Petersburgo* y la *Gaceta de Silesia*, mientras con mano fuerte contiene las correrías de los montañeses del Cáucaso; hé aquí el estado en que el año de 1858 se ha despedido de estas potencias. Si el de 1859, que comenzamos, ha de ser más fecundo en graves acontecimientos, no pertenezcan estos al menos al número de aquellos sucesos que llenan de pavor á los pueblos, y bañan su inocente suelo con la sangre de infinitos cuanto desgraciados seres.

Portugal ha visto inaugurar pacíficamente el reinado del joven monarca actual D. Pedro V; en cambio la Gran Bretaña siente las convulsiones terribles que le ocasionan la rebelión y guerra de la India, y aun en su mismo territorio, en Irlanda, la preocupan las misteriosas asociaciones secretas descubiertas allí no hace muchos días. Ciertamente, los despachos telegráficos más recientes y los periódicos de aquellos países, anuncian haberse descubierto conspiraciones y aprisionado varios individuos. El diario irlandés *Cork Daily Reporter* añade que el lugarteniente de Irlanda, *lord Naas*, acaba de dar una proclama en la que se presienten nuevos disturbios en aquella parte del Reino-Unido.

Donde, según *Le Levant*, *La Presse d'Orient*, y *El Journal de Constantinople*, se goza en estos días de alguna tranquilidad en las provincias cristiano-turcas.

Las noticias que se reciben de la Moldavia son en cambio bastante contradictorias. La *Gaceta de Agram* nos da la esperanza de que los últimos sucesos de la Bosnia no traerán mayores conflictos, y casi al propio tiempo, el *Lloyd de Pesth* nos comunica haberse terminado las elecciones en Servia: se asegura que el príncipe Danilo no tardará en hacer un viaje á Francia.

En fin, si de las naciones europeas pasáramos á reseñar el estado actual de los países africanos, asiáticos y americanos, tendríamos que estendernos mucho, como requieren tan graves asuntos. Pero cabalmente, los acontecimientos de los referidos países son hoy de tanta importancia, afectan tanto á los intereses de todas las naciones, hacen de tal modo causa común con la causa de la civilización y bienestar de la humanidad, que

preferimos comunicarlos mas despacio á nuestros lectores, caminando ya en los próximos números de LA LECTURA PARA TODOS á la par de los sucesos que nos refieran los despachos telegráficos, las correspondencias particulares y los periódicos extranjeros.

JANER.

REVISTA MUSICAL.

Preguntad á la pobre aldeana que ha visto partir á la guerra á su amante, por qué cuando está triste halla consuelo en sus cantares; y si quiere abriros su corazon, os dirá que se alivian sus penas con las palabras y con la música que exhalan sus labios, porque mas que las lágrimas y los suspiros desahogan su alma.

Salid al campo una mañana de primavera; y comprenderéis y admiraréis los grandiosos misterios de la creacion, porque ella misma desplegará sus voces para revelároslos. El murmullo de los arroyuelos, el canto de las aves, el susurro de la arboleda; este armonioso idioma despertará vuestra alma para asistir al espectáculo sublime de la naturaleza.

Si recorreis una ciudad, escucharéis esos monótonos cantares con que el pueblo espresa sus alegrías y sus angustias, su admiracion y su entusiasmo; cantares que en algunos países son el poema de la melancolía; escucharéis al pa ar por delante de algun templo las alabanzas del hombre á su Hacedor, los cánticos sagrados con que la humanidad eleva sus plegarias al Altísimo; escucharéis al pasar por delante de los palacios, la cadenciosa música de la adulacion, ó los ligeros compases que revelan una sociedad alegre, olvidada de todo para entregarse á los delirios de la voluptuosa danza; escucharéis al penetrar en los teatros el lenguaje mas ideal del arte, la piedra filosofal del sentimiento, recogida por los genios del mundo en las armonías de la naturaleza, y el conjunto de sonidos en hábil é inspirada composicion, desplegarán á vuestros ojos las mas interesantes páginas de la historia, las visiones de la imaginacion, y os harán recorrer la escala de los sentimientos para descender por la de las pasiones. Y no pasará un solo dia sin que os encante la magia de la música que escuchais ó sentís allá en lo mas recóndito de vuestra alma, porque el dia en que faltasen á vuestra existencia melodías que percibir, acentos que exhalar, la indiferencia os llevaria al eterno silencio.

No puede haber un pueblo que no cante sus glorias, sus combates, sus derrotas, su esplendor, su pobreza; no puede haber un pueblo que no sienta el deseo, en sus tiempos de calma, de ver al arte reproducir las agitadas épocas de su pasado, las páginas brillantes de su historia, las dulzuras del sentimiento, los estragos de la pasión, las escenas poéticas de la vida íntima, los contrastes de la humanidad; y este deseo ha producido al artista, y el artista ha creado la ópera, que reasume en sí todos los géneros musicales; que reproduce en un solo cuadro todas las bellezas del arte; mas tarde, la ópera ha conquistado el título de *grande* para distinguirse del género que en Europa se llama ópera cómica, y en España zarzuela, y á medida que se ha elevado, ha elevado la crítica.

No se concibe una nacion civilizada sin rendir culto á la grande ópera, y España, que en las letras y en las artes ha acreditado su valia, no podia permanecer en la oscuridad, cuando todos los países se esmeran en presentarse mutuamente todos sus productos, todos sus adelantos, todas sus conquistas de paz.

España ha rendido tambien el debido homenaje á la música universal, y le ha erigido un templo. Madrid tiene un teatro de ópera italiana; Madrid tiene un teatro de música nacional. De uno y otro nos ocuparemos en esta seccion de nuestro SEMANARIO.

Hoy, para inaugurar nuestras tareas, apuntaremos ligeramente la historia de la presente temporada del Régio Coliseo: en otras revistas de-

dicarémos nuestra pluma á la del coliseo de la calle de Jovellanos.

Hablar á nuestros lectores del escogido público que asiste al teatro Real, seria decirle lo que sabe, y aunque tampoco ignoran los artistas que este año toman parte en sus representaciones, vamos, sin embargo, á repetir sus nombres con comentarios nuestros.

La de Giuli, la Kenneth, la Leman y la Masson son las artistas contratadas por D. Fernando Urries. La primera tiene un glorioso pasado de cantante: hoy no ha perdido ni su talento, ni su inspiracion, y es una buena actriz. Su voz, sin embargo, debilitada por el continuo trabajo, la hace traicion algunas veces. Ha cantado con acierto la *Traviatta*.

En *Lucrecia* y en *Roberto el Diablo*, no la encontramos á la misma altura. En *Macbeth* y en la *Favorita* ha tenido buenos momentos.

La Kenneth, jóven aun y en posesion completa de sus brillantes facultades, ama la música de Bellini, y hace bien en amarla, porque su dulce voz, su buen gusto, su pureza de estilo, la hacen de ella una privilegiada intérprete. En la *Somnábula* ha arrebatado. En *Lucia*, en *Roberto* y en *Moisés*, se ha hecho tambien aplaudir con justicia.

La Leman, ha comenzado su carrera artistica entre nosotros; nos ha ofrecido las primicias de su talento y de su voz, y al mismo tiempo que hemos admirado en ella una belleza nada vulgar, hemos podido adivinar una artista de mérito.

La Masson sabe cantar; pero su voz es poco agradable. El público la ha recibido con alguna benevolencia.

El resto de la compañía lo componen: Bettini, que es un tenor de fuerza, simpático é inspirado; Ginglini, tenor de gracia, que hace prodigios en las romanzas; Bartollini, que posee en su voz un claro oscuro admirable, y que ha sabido distinguirse; Pacini, Llorens y Bremond, que no son mas que regulares; Storti, á quien solo una vez hemos oido, y Luise que, como los anteriores, desean hacer mas de lo que pueden. No debemos olvidar que Carrion ha venido á justificar los laureles que ha alcanzado en el extranjero, cantando con maestria el duo del *Moisés* y la *Somnábula*.

Hasta ahora, solo hemos oido las óperas *Traviatta*, *Lucrecia*, *Lucia*, *Somnábula*, *Hernani*, *Rigoletto*, *Macbeth* y *Roberto el Diablo*. La empresa ha hecho muy poco por el público; pero esperamos que se apresurará á complacerle. Las mejores obras de Bellini, Rossini y Donizetti pueden hallar en los artistas contratados excelentes intérpretes. Tanto Verdi es monótono. No hay que olvidarse de la definicion que de las obras de este compositor dió el inmortal cisne de Pésaro.—Verdi,—dijo,—ha escrito mucho bueno y mucho nuevo; pero ni lo bueno es nuevo, ni lo nuevo es bueno.

Esta es tambien nuestra humilde opinion.

JULIO NOMBELA.

REVISTA DE TEATROS.

Muchas han sido las novedades dramáticas que desde nuestra última revista se han puesto en escena en los teatros de Madrid. En el Principe hemos tenido el *Cura de Aldea*, drama del señor Escriche. En el Circo se nos han dado, por tarde y noche para funciones de Noche-buena, dos comedias arregladas del francés: una de D. Isidoro Gil, y otra de los Sres. Ortiz de Pinedo y Cuende. En Novedades, además del *Cid*, drama del señor Fernandez y Gonzalez, hemos tenido para la tarde de Navidad el juguete cómico, en dos actos, arreglado á la escena española por el señor García Gonzalez, titulado: *Desdichas de Timoteo*, y la pieza en un acto, original del Sr. Maizquez, titulada: *¡Chis, Chis!* En el teatro de Jovellanos se ha estrenado la zarzuela en tres actos, el *Juramento*, letra del Sr. Olona, música del señor Gaztambide.

En la imposibilidad de hablar detalladamente, como quisiéramos, de todas estas producciones, aplazamos para el número próximo el ocuparnos

de ellas, puesto que necesitaríamos mucho mas espacio del que disponemos hoy, y solo nos limitaríamos á dar cuenta á nuestros lectores del éxito que ha obtenido *El Juramento*; éxito en extremo lisonjero para sus autores, y mucho mas para el Sr. Salas, que al fin ha visto coronados sus esfuerzos y laboriosidad, en procurar, por cuantos medios han estado á su alcance, complacer al público. Pero hablemos de la obra.

Del libreto poco podremos decir. Pertenece á ese género de obras francesas, donde la verdad se sacrifica al efecto, y el buen gusto á la necesidad; pero del cual se hubiera podido sacar un gran partido, á caer en manos mas hábiles que las del Sr. Olona; puesto que todo lo que este original traductor ha hecho puramente por intuicion, otro lo hubiese hecho por estudio; en cuyo caso, si su bolsillo no hubiera ganado tanto, la literatura, en cambio, no hubiera perdido nada.

El argumento, pues, es bueno; el desarrollo malo. El Sr. Olona casi nunca hace uso de esos giros delicados, de ese tinte de buen tono, de esa sencilla verdad de que el público tanto gusta y al que rinde tanto culto; en cambio da cabida á esos brochazos de efecto, á esas situaciones exuberantes, á esas tramas de municion que en todas sus obras se reflejan, y que la literatura no podrá jamás apadrinar como suyas.

Ahora bien; si se nos objeta que el Sr. Olona es una *convención* para el teatro, convendremos; pero nunca lo será para la buena literatura, puesto que todas sus traducciones hasta de falta de buen lenguaje adolecen.

Lo mismo sucede con las originales; prueba si no la de que ahora vamos tratando.

No nos detendremos en analizar el argumento, ni menos en anotar los defectos de que adolece como obra dramática, porque el espacio, como hemos dicho, nos falta para ello; solo, si, diremos que hay escenas como las del segundo acto, que hacen perder la paciencia de tal modo, por lo lánguidas y monótonas, que ni el Sr. Olona ni el público perderian nada en que se las hiciese una regular autopsia.

En cuanto á la música, la cuestion varía. Es injusto, injustísimo el Sr. Gaztambide cuando dice á cuantos le quieren oír, como nos han asegurado, que no debe á la prensa sino defeciones y acometidas en todas las obras que ha escrito: de muchas recordamos, en las que la prensa le ha rendido el merecido tributo, ayudándole, con mucho, á elevarse á la altura en que hoy se encuentra: prueba, pues, de que la prensa sabe cumplir con su mision.

En general, toda la música de *El Juramento* es buena, original y delicada. El terceto del primer acto lo encontramos bellissimo. En el segundo son dignos de mencion el coro de introduccion, que, aun cuando tiene el corte y colorido de uno del *Diablo en el Poder*, es muy bello: lo mismo el aria cantada por la Santa Maria, y, sobre todo, el duo al piano por la Mora y Obregon. En el tercero, en fin, destácase por su tono filosófico y especial instrumentacion, el coro de entrada; el duo de borrachos, por Salas y Caltañazor, y el duo de tiple y baritono por la Mora y Obregon.

El Sr. Gaztambide, pues, puede estar satisfecho de su obra.

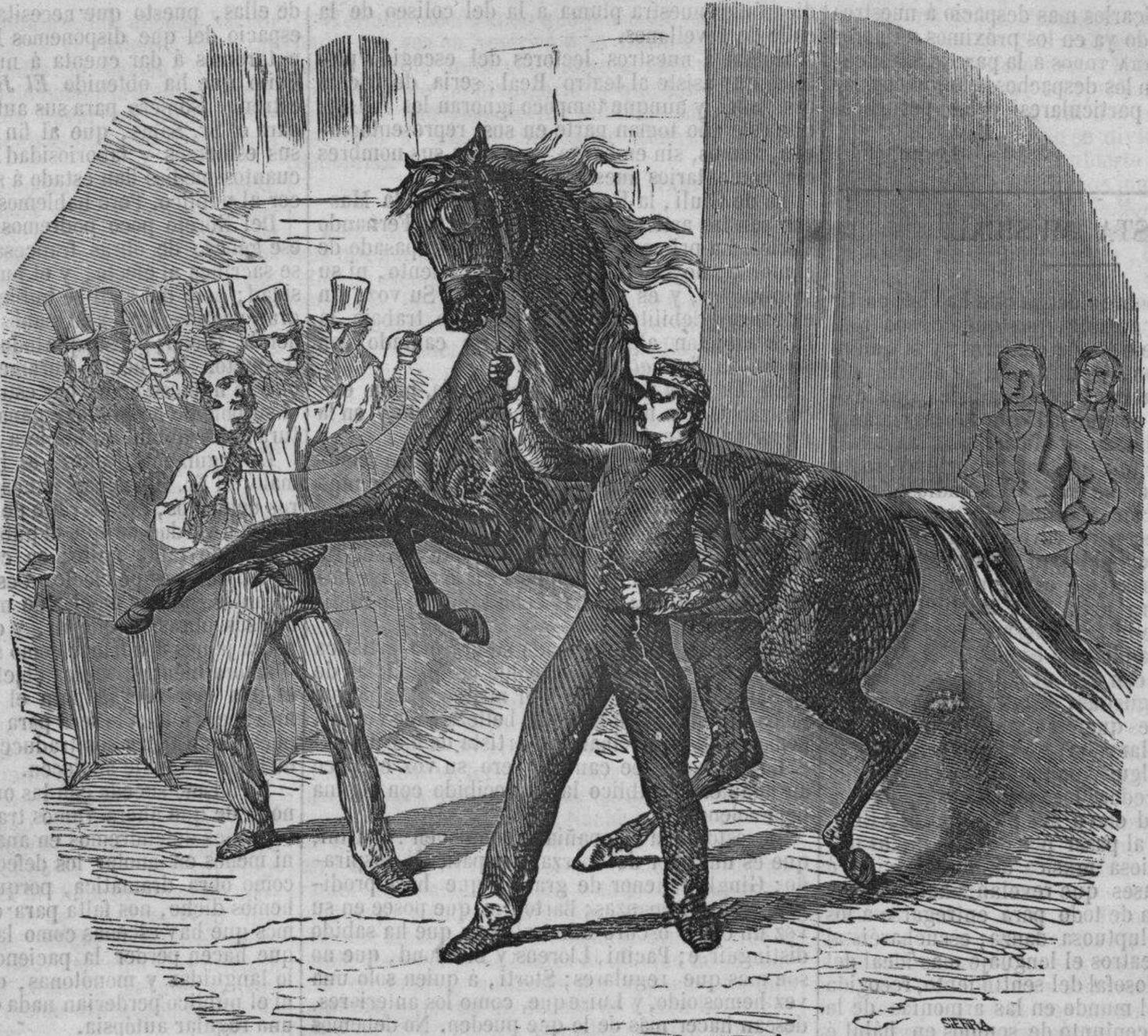
La ejecucion, buenísima, especialmente por parte de Obregon, que ha sabido colocarse á una altura extraordinaria, como se lo hizo, y hace comprender el público todas las noches entre entusiastas aplausos.

El Sr. Obregon es una verdadera esperanza para el teatro: figura, modales, voz, espresion, elegancia, todo lo tiene; todo lo posee en grado superior: la empresa debe estar satisfecha de su adquisicion, pues antes que nosotros, el público se lo ha demostrado y demuestra cuantas veces pone el pié en la escena.

El Sr. Salas, bien; es el astro cuyos radiantes reflejos se vislumbran todavia.

La Sra. Mora tiene buena voz; pero no es su figura la que mejor se amolda á papeles como el que desempeña en *El Juramento*: el público, sin embargo, la aplaude, y creemos que con justicia.

La Santa Maria, perfectamente; Caltañazor como siempre; Calvel mereciendo no interrumpir



Stafford, caballo padre del depósito de Cluny á su llegada al Tattersall.

pidas simpatías. Los coros muy bien; el decorado inmejorable.

El público, ansioso de buenas obras, y sobre todo de oír música original, ha continuado asistiendo con no interrumpida frecuencia al afortunado teatro de la calle de Jovellanos. Por nuestra parte, damos el parabien á la empresa y á su digno director el Sr. Salas, por su celo y buen deseo en corresponder á la deferencia que el público le ha mostrado desde un principio.

Y basta por hoy, puesto que materias de otra índole reclaman el espacio que deberíamos ocupar.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

De Villahermosa á la China; Coloquios de la vida íntima, por D. Nicomedes PASTOR DIAZ. 2 volúmenes. Madrid, Rivadeneyra, 1838.

Hé aquí un libro de profunda filosofía y moral prácticas, revestido con las formas de una poesía del sentimiento, y de un elevado interés dramático. No es afección al género de la novela lo que nos hace juzgar así la obra del Sr. Pastor Diaz: es que nos faltan espresiones para encomiar un trabajo, que abre nuevos horizontes en el que presentimos fértil campo de nuestra literatura nacional.

A la primera y mas rápida inspección de la leyenda, creimos ver algo de *Escenas de la vida íntima*, por Emilio Souvestre; pero no, solo tie-

nen de común el título este trabajo y el á que nos referimos.

Desde una situación del gran mundo conduce el autor á sus personajes por breves vicisitudes, cuando acaban de vislumbrar la suprema ilusión de la dicha, al colmo de la desgracia; pero desgracia que no reside en las privaciones de los bienes materiales, sino en el tormento de los espíritus, que sufren penando las consecuencias de una primera falta. El desprecio de la virtud, la falta de valor necesario para arrostrar el embate de nuestras malas ó viciadas propensiones, establece una barrera infranqueable entre el bien y el mal en un mismo individuo, y este, sin embargo, retrocede delante de su propia obra, y entra el arrepentimiento, y la pasión cede sin ausentarse. Considérase al amor en sus efectos con una mirada escudriñadora é impávida. Los magníficos y sostenidos diálogos que tienden al monólogo, persiguen con incanable temeridad los móviles del corazón humano, y en ellos parece el autor como deleitarse en esforzar la idea con infinita y bien graduada amplificación.

El tono es sentencioso, animado, sostenido y oportuno. El estilo característico, libre y brillante.

Pero en medio de todo, ¿conduce directamente al bien social el detenido examen de ese cáncer corrosivo y pestilente de la conciencia, elevada al bello ideal de una deformidad, por desgracia, muy verdadera?

Este es el problema que no nos atrevemos á decidir en nombre del autor.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Dictionnaire universel des contemporains, par M. G. VAPERAU. Un vol. grand in-8°, Hachette.

Es obra útil y curiosa por su variedad la que reúne en un solo volumen, pero de una manera concisa, todos los pormenores concernientes á las notabilidades contemporáneas; es decir, una biografía elemental, que se detiene en la vida privada, y de indispensable conocimiento, en cuanto que resume en cierto modo el estado civil y social de los personajes á que se refiere. El diccionario, compuesto bajo la dirección de Mr. Vapereau, abraza mas de 300,000 indicaciones de esta naturaleza. Sin duda habrán debido deslizarse numerosos errores en esta primera edicion; pero al lado de omisiones de corrección fácil, hay ocasion de admirar en tal recopilación, por extenso y ecléctico que sea el pensamiento que ha presidido á su redacción, admisiones, cuando menos, extrañas. A pesar de las precauciones tipográficas que ha empleado el editor, su vocabulario demasiado contemporáneo, demasiado actual, carece en realidad de estabilidad. Debemos, sin embargo, concederle el mérito del celo y paciencia, necesarios para reunir tan crecida cantidad de materiales, y producir en último resultado una obra curiosa por mas de un título.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,
— editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 18.—*Por un alfiler*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 21.—*La Luz del Cementerio*, por Federico Utrera pág. 23.—*Viaje á Alemania*, pág. 24.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 27.—*La Pascua de Reyes*, pág. 28.—*Lecturas científico-industriales*, pág. 29.—*Arte de domar los Caballos*, por J. S. Rarey, pág. 29.—*Crónica estranjera*, pág. 30.—*Revista Musical*, pág. 31.—*Revista teatral*, pág. 31.—*Bibliografía española*, pág. 32.—*Bibliografía estranjera*, pág. 32.

CHAMBERI: 1859. — Imp. de C. Bailly-Bailliere.